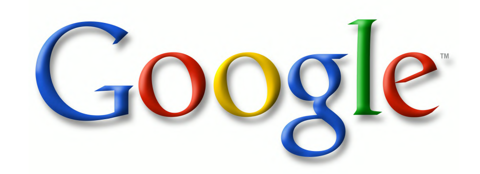
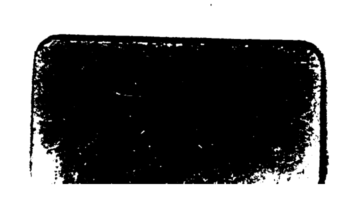




[illegible] DEL CLUB "VIDA NUEVA"

VIDA

DE

MELCHOR PACHECO Y OBES

POR

Leogardo Miguel Torterolo

[illegible]

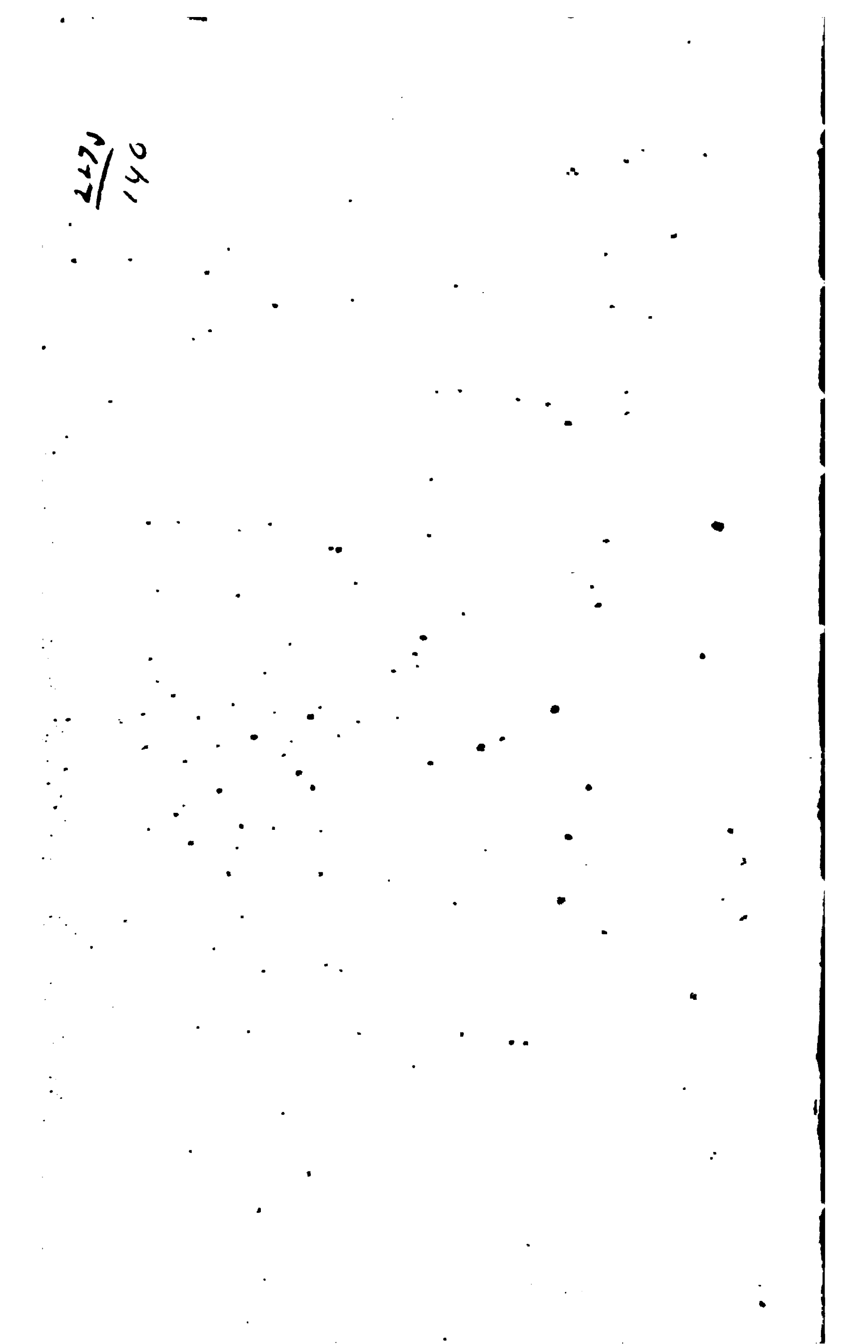
Daniel Martínez Vigil



MONTEVIDEO
[illegible]
[illegible]
[illegible]



VIDA DE MELCHOR PACHECO Y OBES



BIBLIOTECA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

VIDA

DE

MELCHOR PACHECO Y OBES

POR

Leogardo Miguel Torterolo

CON UN PRÓLOGO DE

Daniel Martínez Vigil



MONTEVIDEO
TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS
CALLE CERRO, NÚMERO 61
1908

PROLOGANDO

Si el talentoso y joven autor del presente opúsculo histórico me pidiese un consejo amistoso, véase lo que, con toda buena voluntad, le diría:

Déjese usted de seguir los dictados de ningún padrino literario. En el arte, como en el derecho, el hombre debe aspirar á ser *sui juris;* el triunfo estriba en la consolidación de la propia personalidad. Confíe en sus privativas energías, controladas por la experiencia, como lo hace el ave que se lanza al vacío, después de ensayar las fuerzas de su vuelo. Alas y espacio, nada más necesita el águila; alma y pluma, nada más requiere el escritor. No crea en la eficacia de las homilías de los dómines del arte, ni en los padrones retóricos, ni en los bautizos jordanescos, ni en el agua bautismal de los San Juan Bautista de la crítica.

Però, no ès un consejo lo que de mí solicita la

benevolencia del novel escritor, sino un prólogo.

Pues, helo aquí.

Para apreciar el mérito de la producción intelectual del señor Torterolo, juzgaré, primero, lo que creo sus deficiencias, y, en seguida, haré resaltar lo que, en mi opinión, constituye sus merecimientos.

***

El joven autor de esta biografía olvida ú omite en su interesante narración rasgos señaladísimos de la vida de Pacheco y Obes, que revelan, con tal viveza y tal exactitud, su naturaleza moral y el temple cívico de su alma, como el trazo inconfundible de las garras del león, impreso en los arenales del desierto, exterioriza la potencia muscular y la energía indomable de la fiera.

Descubramos al león por sus huellas.

I. Producida la invasión extranjera del ejército rosista, mandado por el réprobo Manuel Oribe, Pacheco, antes de abandonar la ciudad de Mercedes, en conocimiento de que había un traidor en la fila de los leales, ordenó su ajusticiamiento en presencia de la división mercedaria.

Consumado el castigo en la persona del felón, el prócer hizo arrasar la vivienda del criminal y poner sobre los escombros un cartel infamatorio que rezaba así: *Esta fué la casa de un traidor. La justicia nacional la ha arrasado.*

Simónides no hubiera escrito otra inscripción en las ruinas de la casa del traidor Efialtes.

II. Llegó un momento supremo en el período álgido de la Defensa, en que el Gobierno no tenía más que veinte mil cartuchos con bala; no disponía de una sola libra de pólvora en la ciudad sitiada, y carecía de un solo peso para adquirirla en los mercados exteriores.

El secreto de esta crítica situación fué vendido al general enemigo por un soldado desertor.

Pacheco, que era entonces Ministro de la Guerra, no trepida ni un instante en lo que debe hacer, y, al frente de sus tropas, sublimes en su pobreza y en su patriotismo, ataca á las líneas sitiadoras, en una salida para siempre memorable, y hace quemar á sus soldados hasta el último cartucho, para demostrar al enemigo la mentira del delator. El ejército nacional no tuvo en ese día y en los siguientes más armas, para defenderse, que las bayonetas de sus fusiles y la muralla del pecho de sus soldados.

III. Cuando Melchor Pacheco y Obes bregaba afanosamente, ante el Gobierno francés, en defensa de la causa civilizadora y humanitaria de Montevideo, un célebre orador y político, Mr. Chaix d'Est-Ange, que, durante el segundo imperio napoleónico, ascendió á las más altas dignidades de la política y de la magistratura de su tierra, pretendió caricaturar al ejército montevideano, afirmando que «estaba compuesto de

negros, de franceses, de italianos, de naturales de todos los países; bandas de proscriptos, escoria de todas las naciones; aventureros de todas partes, médicos sin enfermos, artesanos disipados, enemigos de todas las sociedades modernas, que en París como en Montevideo, como en Roma, tienen siempre un brazo y una pluma al servicio del desorden».

En el propio estrado donde acababa de resonar sarcásticamente la voz vilmente acusadora del orador francés, Pacheco, poseído de santa indignación, contestó, con elocuencia digna de la parte de que era cumplido paladín, en estos términos viriles y justicieros:

« Se hace burla de nuestras guerras y nuestras batallas, y nuestros ejércitos han sido comparados con pelotones de soldados. Si esto no es del todo cierto, la verdad es que somos muy pequeños. Nuestra población no pasa de 180,000 almas. Es muy poco, en efecto; pero con esos 180,000 habitantes hemos encontrado 12,000 combatientes, teniendo al frente un ejército doble en número, y hemos luchado durante nueve años. Hoy nos quedan 5,000 hombres, y entre ellos deben encontrarse á los que, niños aún á la llegada del enemigo, han podido tomar las armas, cuando la edad se lo ha permitido. Los demás han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas, de que se acaba de hacer mofa, se muere, señores! ¿Y acaso en vuestras grandes batallas se hace otra cosa? »

Y hecha la defensa de su patria, hizo la suya propia, anonadando á su adversario con esta fulminante intimidación:

« En cuanto á mí, no necesito certificado de honor. Cuando se duda del mío propio, es por el mismo que lo pone en duda, por quien voy á hacérmelo otorgar ».

Los Tribunales, el público y hasta el mismo irónico acusador, dieron amplia y legítima satisfacción al honor de Pacheco, identificado, en aquel caso, con el honor mismo de la patria.

La justicia francesa le dió su fallo en un todo favorable; el público lo aplaudió y lo vitoreó en las calles de la gran ciudad, y Chaix-d'Est-Ange retiró sus injustas frases y presentó sus excusas al caballeresco y elocuente general montevideano, quien, tan apto para los combates como para las lides de la palabra, recordó al entusiasta pueblo parisiense, con sus proezas militares y sus aptitudes tribunicias, la querida personalidad del fogoso y noble general Foy, el constante é inspirado adalid parlamentario de los principios liberales en las Cámaras de la Restauración, y el cual, la vez primera que subió á la tribuna, dejó caer de sus labios, con legítimo orgullo nacional, estos hermosos conceptos: « Hay eco en Francia al pronunciar las palabras *honor* y *patria* ».

IV. Muerto inopinadamente el benemérito general don Juan Antonio Lavalleja, que tan grande-



VIDA DE MELCHOR PACHECO Y OBES

ples indicaciones—no muy difíciles, por otra parte de hallar—sobre los principales opúsculos y folletos debidos á la brillante pluma del preclaro jefe de la Defensa. Merecen recordarse, entre otros: *Notice biographique sur M. Francisco Joachim Muñoz*, editado en París, en septiembre de 1851, por la casa impresora de Mme. De Lacombe; *Document pour servir à l'histoire de l'intervention européenne dans la Plata*, impreso en la misma ciudad y año que el anterior, por la Imprimerie Centrale de Chaix et C.e; *Colonización militar proyectada en Francia por la República Oriental del Uruguay*, opúsculo editado en castellano y en francés, por la imprenta de Duverger, en febrero del citado año; *Rectifications des faits calomnieux attribués à la Defensa de Montevideo*, impreso en París en el año 1849, y, finalmente, *Notas sobre los partidos en el Estado Oriental y sobre el general Rivera*, publicación importantísima por las elevadas y patrióticas ideas contenidas en ella, entresacada de las Memorias inéditas de Pacheco, y que vió la luz pública, merced á la iniciativa y á los esfuerzos laudables del publicista doctor don Mateo Magariños Cervantes, en 1860, por la imprenta de «El Pueblo».

Aunque la rareza de estos folletos, completamente agotados desde hace varios lustros, y la ignorancia supina en que, por regla general, vive nuestro *soi-disant* público ilustrado sobre

hombres y acontecimientos que le interesan directamente, sean motivos suficientes para excusar el silencio que sobre ellos guarda el laborioso autor de la monografía histórica que prologo, dicho silencio no podría justificarse de ninguna manera, ni ante las averiguaciones del erudito, ni ante las curiosidades del bibliófilo, ni ante las exigencias del historiador.

Pero, pongo punto redondo á las que, en mi sentir, son deficiencias explicables en la obra de un escritor incipiente, porque entiendo, como Chateaubriand, que la verdadera crítica, en vez de ser la crítica de los defectos, debe ser la crítica de las bellezas.

La empresa acometida con bríos de novato por el señor Torterolo merece las más vivas simpatías y el aplauso unánime de cuantos, empeñados en la honrosa labor de elevar el nivel del alma nacional, estudian el pasado, no con el criterio fosilizado del geólogo que desentierra y restaura monstruos, sino con el espíritu pítico, luminoso, del pensador y del sociólogo, que investiga lo pretérito para ilustrar el presente y desentrañar el porvenir.

El joven autor de este libro, diferenciándose en absoluto de aquellos de sus congéneres aquejados de la *manía blasfematoria* contra las glorias nacionales más indiscutibles é indiscutidas, censura, implícitamente, con su actitud circunspecta y sosegada, la conducta irreverente de

quienes caen en el peligrosísimo error de creer que se sirve á la patria denigrando á los que la han honrado.

Olvídase que es un deber impuesto de consuno por el civismo y la moral disculpar ó atenuar los yerros de los hombres públicos que han contribuído con su sangre, ó con su inteligencia — que es también sangre en forma de ideas — ó con su fortuna, á la independencia de esta tierra y á la conquista de sus derechos, en atención á que si la indulgencia suprema pudo perdonar mucho á la Magdalena bíblica, por haber amado mucho, la indulgencia histórica, que no debe ser más inexorable que la justicia absoluta, debe perdonar mucho á nuestros prohombres, porque han amado mucho la libertad.

El señor Torterolo pone, con desinterés plausible, su juventud y su talento al servicio del más sagrado de los intereses públicos, porque lo es, y ello nadie puede racionalmente negarlo, el patrimonio de heroicidades, de abnegaciones y de sacrificios, legado por hombres de quienes, como Melchor Pacheco, se puede repetir lo que Flaubert decía de Amílcar: su grande alma llenaba toda la República.

Fuera de la benéfica tendencia que acabo de señalar, el libro de que me ocupo — bosquejo de una obra de grandes alientos que el señor Torterolo escribirá cuando tenga mayor número de años y más grande caudal de conocimientos his-

tóricos y científicos—tiene otro mérito que, de seguro, no pasará inadvertido al lector concienzudo y escrupuloso.

Difícil, muy difícil es, en tratando de bosquejar la vida de una personalidad, por la que se siente, más que respeto, positiva admiración—y éste es, precisamente, el caso del señor Torterolo con relación á la preeminente figura de Melchor Pacheco y Obes;—muy difícil, decía, es que el autor logre sustraerse al influjo subyugador de tan irresistible sentimiento. Y, entonces, acaece que lo que debiera ser exposición y crítica se transforma en panegírico y apología.

Este inconveniente ha sabido vencerlo el señor Torterolo con tal destreza y habilidad, que, sin dejar de reconocer y admirar, como se merecen, las relevantes cualidades de guerrero y las poderosas dotes de tribuno y de poeta que distinguían á su biografiado, confiesa sus errores y caídas, y declara que no estaba capacitado para ser jefe de partido y estadista, tomando este último término en su significación precisa y rigurosa. Cierto es que el general Pacheco y Obes estuvo expuesto, como todo hombre superior, á esas mordeduras que, según la frase de Barbey d'Aurévilly, *no desgarran, pero ensucian*; mas, no lo es menos, que la nota aguda, ditirámbica, ampulosa, hiperbólica, de la lisonja y del halago, vibró con cadencias placenteras, más de una vez, en sus oídos. Y la verdad sobre su per-

sona no está ni en las calumnias de los unos ni en las adulaciones de los otros.

¿Se quiere un ejemplo?

Los apasionados por Pacheco, de antaño y de ogaño, lo consideraban y lo consideran como un gran poeta, como un poeta genial. Nada más exagerado. Pacheco tenía el alma poética, pero no era poeta, «poeta entero», como decía el célebre alemán, entre otras razones, porque no era ni pudo ser artífice del verso; porque desconocía la técnica del metro; porque ignoraba el secreto de pulir tersa y artísticamente las estrofas, y porque del cúmulo de sus poesías no se saca un solo verso de aquellos que, como decía Nicolás Avellaneda, son *como una fibra del alma.*

Yo no afirmo que el novel biógrafo tenga mis opiniones sobre lo que dejo asentado; lo que yo afirmo es que quien ha escrito el primer trabajo que merezca el nombre de biografía sobre la vida de Pacheco, ha cumplido con el precepto de Hamilton: «diferenciad lo que es defensa de lo que es apología».

Y, por si en los escritos debe andar, como anda en la existencia humana, lo festivo en consorcio con lo serio, y la nota arlequinesca de la alegría debe suceder á la nota grave de la tiesura, quiero terminar este prólogo con una regocijada reminiscencia.

Los que estudiaban filosofía quince ó veinte años atrás, cuando regentaba el aula el venera-

ble doctor don Plácido Ellauri—reencarnación en un alma moderna de la augusta alma socrática—contábannos á los que, en el orden del tiempo, fuimos los últimos discípulos del amado maestro, la anécdota que paso á referir y de cuya veracidad hago responsables á los universitarios de aquella época, ya esfumada en las perspectivas brumosas del recuerdo.

Deseoso un amigo del doctor Ellauri, de entrar en relaciones con una estimable familia montevideana, á la cual pertenecía una señorita que, con su distinción y belleza, lo había seducido, preguntó á don Plácido si la señora dueña de la casa era persona de su conocimiento; y, ante la respuesta afirmativa del interpelado—quien, dicho sea de paso, infringió, por aquella vez, el octavo mandamiento, pues sólo conocía de vista á los miembros de la mencionada familia—solicitó de su amistad se dignara presentarle, á fin de lograr sus honestas pretensiones maritales.

Puesto don Plácido á las órdenes de su enamorado amigo, dirigiéronse ambos un buen día á la residencia de la familia en cuestión, y, hecha la entrega de sus correspondientes tarjetas, el doctor Ellauri pidió á la fámula que los introdujo manifestara en nombre de él á la dueña de la casa se sirviera concederles una breve entrevista.

Accediendo á la súplica que se le hacía, pre-

sentóse la madre de la que era el motivo directo de la visita, ante sus desconocidos tertulianos, y apenas hubo la señora franqueado la puerta de la sala en donde esperaban el introductor y su compañero—el uno, inmutable en su serenidad de filósofo; el otro, impaciente, con las nerviosidades propias de todo amante en tales momentos—el doctor Ellauri se adelantó á testimoniarle sus respetos y, señalándole á su amigo, le dice, con el tono más sencillo y natural:

—Señora: tengo el gusto de presentar á usted al caballero X. X., persona de mi íntima amistad.

La dueña de casa retribuyó galantemente al presentado el cortés saludo que le dirigía; pero, segura de no conocer al sujeto que hacía la presentación, lo interrogó en estos términos:

—Caballero, ¿y á usted quién lo presenta?

A lo que don Plácido contestó de inmediato:

—Señora, yo me presento solo.

En el caso actual, como en el cuento de la referencia, median análogos personajes en similitud de circunstancias. Aquí también figuran una amante perseguida: la opinión pública ilustrada; un doncel de veinte años aspirante á la mano de la suspirada doña Inés: el autor del libro; una dueña quisquillosa: la masa de los lectores, y un presentador oficioso: el que estas líneas traza *cálamo currente.*

Dramaticemos la escena, para hacerla más comprensible.

El aspirante y su intermediario, como si dijéramos Fausto y Mefisto, en casa de las interesadas.

El introductor, dirigiéndose á la dueña de casa, es decir, á la masa lectora, señalando á su apadrinado:

—Señora, tengo el gusto de presentar á usted á mi distinguido amigo el inteligente y estudioso joven Leogardo Miguel Torterolo.

La dueña de casa, admirada de tamaño atrevimiento—cuyo *toupet* eclipsa, más que recuerda, al del personaje de Daudet, apodado *Tupé de Nimes*—exclama, entre irritada y curiosa, dirigiéndose al apadrinador:

—Caballero, ¿y á usted quién lo presenta?

El autor del prólogo, con la más amable de sus sonrisas, responde al encaminarse á la puerta de calle:

—Señora, yo me presento solo.

Daniel Martínez Vigil.

Mayo 18 de 1906.

AL LECTOR

El culto de los Héroes, *del que nos habla Carlyle con tan intensa pasión, y la obscuridad en que viven muchos de nuestros compatriotas, en lo que se refiere á la vida de los próceres que honraron con sus hechos en épocas pretéritas al libro de la Historia, me han dado aliento para escribir esta breve monografía sobre la eminentísima personalidad del general Melchor Pacheco y Obes, organizador y jefe de la homérica Defensa de Montevideo.*

El hecho de no haberse escrito ni un solo artículo que se concrete á estudiar al General-poeta — á pesar de ser su nombre uno de los más justamente populares en los países rioplatenses — da una idea al lector (á quien desde luego supongo benévolo para juzgarme) de las dificultades é inconvenientes con que he tenido que luchar para dar término á mi obra; máxime, si á ello se agrega el proceder de ciertos compatriotas que, poseyendo documentos de importancia, los guardan en el fondo de sus baúles, prefiriendo verlos roídos por la polilla á que sean estudiados y comen-

tados por hombres jóvenes, llenos de ideas nobles y sentimientos elevados.

Por lo demás, ignoro lo que la suerte depara á este trabajo, pero, sea de él lo que fuere, me quedará siempre la grata satisfacción de haber cumplido con un deber ciudadano al ocuparme de la vida de un Héroe, en la amplia acepción de la palabra.

L. M. T.

VIDA DE MELCHOR PACHECO Y OBES

CAPÍTULO I

SUMARIO.—Nacimiento y adolescencia de Melchor Pacheco.— Su educación y antecedentes de familia.

Al terminar el año 1808, todo hacía presumir que el poder de Fernando VII no gozaría de una vida próspera y duradera, pues el germen de libertad que inoculara otrora en el corazón de los americanos el espíritu revolucionario y soñador de Francisco Miranda, debía brotar en breve, transformado en la más poderosa de las revoluciones que recuerda la historia.

En esta época y en circunstancias en que regresaban de la península los jóvenes militares San Martín y Alvear — futuros paladines de la emancipación, — nacía en Buenos Aires, el 20 de enero de 1809, don Melchor Pacheco.

Nuestro biografiado tuvo la rara suerte de nacer en la aurora de acontecimientos verdaderamente trascendentales, en los que el talento del pensador y el tino del político, secundados por la espada del guerrero, contribuyeron, en primer término, á despejar los horizontes de un pueblo esclavizado, para dejar trazado á las generaciones del porvenir el sendero de sus destinos.

Este medio ambiente debía influir poderosamente en su ánimo, mayormente, si se recuerda que él venía á la vida trayendo como bienes hereditarios, el valor indómito del soldado, unido á la constancia prodigiosa del luchador.

Su padre era un viejo capitán de blandengues, llamado Jorge Pacheco, fundador del pueblo de Belén, sobre el Alto Uruguay, — quien empezó su carrera militar peleando contra los indios; siguió luego en lucha abierta con los contrabandistas portugueses, hasta que, á raíz del memorable grito de Asencio, se enroló en las filas libertadoras, figurando al lado de Artigas durante toda su campaña.

En la rama Pacheco existían también hombres de vasta preparación y gran talento, como Francisco Joaquín Pacheco, primo hermano de don Jorge y fray Luis Pacheco, que tuvo desde su niñez una vocación especial para el sacerdocio, carrera que, por aquellos tiempos, seguía con preferencia la nobleza.

Los dos hermanos, Jorge y fray Luis, se decidieron por la revolución americana, mientras que don Francisco Joaquín, más conservador en ideas, defendió desde los primeros momentos la política de la Corona, regresando poco después á Madrid, en donde desempeñó altos puestos en la administración pública, consiguiendo por su rectitud é inteligencia gran fama para su apellido, la que debía agigantarse luego, merced á la erudita obra que compuso uno de sus vástagos, sobre Comentarios al Código Civil Español.

Por la parte materna descendía Melchor Pacheco de una de las primeras familias de la Capital del Vi-

rreinato, siendo su madre la distinguida matrona doña Dionisia Obes, hermana del joven abogado Lucas José, que á la primera asonada de Mayo se transportó á esta Banda, con el propósito, dice Bauzá, de adquirir una resonante nombradía.

Esa mujer, culta é inteligente como pocas, se preocupó seriamente de la educación de su hijo y enseñóle á templar su carácter y moderar sus pasiones. De ella puede decirse, en homenaje á la verdad histórica, que fué quien guió los primeros pasos de su hijo, pues al padre no le era posible cuidar de la educación del niño, porque los azares de la guerra lo tenían con frecuencia alejado del hogar.

En enero de 1817, al cumplir los ocho años de edad, fué llevado del establecimiento de campo que poseía su padre en Casa Blanca, — Departamento de Paysandú, — á la ciudad de Buenos Aires, ingresando en seguida como alumno externo á un colegio jesuíta, en el que cursó con mucho provecho latinidad y matemáticas.

Más tarde, y viendo su natural inclinación al estudio, le envió su familia á Río Janeiro á que continuara su instrucción, encontrando allí vasto campo donde desplegar sus brillantes facultades intelectuales, principalmente en el estudio de la filosofía y literatura, — materias éstas que fueron con el correr del tiempo las predilectas de su vida.

Muy pronto el espíritu alegre y regocijado de aquel mozuelo, bajo, delgado y de naturaleza nerviosa, lo hizo simpático á los ojos de sus compañeros de aula, siendo él, desde luego, el amigo y confidente de todos, y el cabecilla en las travesuras y jolgorios estudiantiles.

Cuenta la tradición que á los doce años recibió una broma bastante pesada de uno de sus condiscípulos, y que Pacheco, lejos de ofenderse, aguzó su ingenio para encontrar la manera de contestar á su amigo en una forma idéntica á la por él empleada.

Dibujó al efecto una caricatura del rostro del amigo, y luego, queriendo poner una sátira sangrienta al pie del dibujo, escribió una punzante cuarteta, la que le hizo saber, dice don Francisco Xavier de Acha, que encerraba en su alma bondadosa é ingenua un escondido tesoro de poesía.

Debido á esta circunstancia accidental, se arraigó en su alma una intensa pasión por el cultivo de las letras, produciendo después hermosas composiciones, tan bellas por la forma tersa y delicada del verso como grandes por la profundidad del concepto.

Además de este rasgo de su carácter alegre, que le abrió, por decirlo así, las puertas del Parnaso, cuéntanse otras historietas de su adolescencia, algunas de ellas de relativo interés.

Un sobrino y á la vez ahijado de Melchor Pacheco y Obes, á quien he abordado en distintas ocasiones, me ha referido el siguiente episodio, que considero digno de ser mencionado por la coincidencia histórica que luego se verá (1).

Vivía doña Dionisia Obes de Pacheco en compañía de su familia á una distancia de dos ó tres kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, cuando una tarde llegó á sus lares, atacado de locura, su cuñado fray Luis.

(1) Narración verbal del señor don Melchor Pacheco, hijo del coronel Manuel Pacheco y Obes.

La buena señora lo atendía con todas las atenciones á que era acreedor como hermano de su esposo y ministro de la iglesia cristiana, pero, habiendo observado el niño Melchor que su tío, perdida la razón, los había hecho víctimas de su fanatismo religioso, marchóse á pie una mañana, camino de la ciudad, en busca del doctor Lucas José Obes, para comunicarle lo que acontecía con el hermano de su padre.

Lo singular del caso es que, habiéndose extraviado, fué á dar á la casa de don Manuel Ortiz de Rozas, donde contó su odisea con pasmosa desenvoltura, siendo por esto benévolamente tratado y acariciado por todos los habitantes de aquella casa hospitalaria, y, en particular, por el joven Juan Manuel, del cual debía ser más tarde el niño viajero, uno de sus más grandes y esforzados enemigos, á semejanza de Bolívar, que, educado en la corte en hermanazgo con el príncipe de Asturias, fué en el movimiento emancipador del mundo colombiano, el adalid que combatió con más bríos á las tropas del débil monarca que llevó el nombre de Fernando VII.

¡Triste y caprichosa sentencia del Destino, la de unir y estrechar á los hombres en su infancia, para distanciarlos y alejarlos en su virilidad!

CAPÍTULO II

SUMARIO.—Primeros síntomas de redención del año 1825.—Pasaje de los Treinta y Tres.—Pacheco corre á enrolarse en las filas de los Libertadores.—Brillante actuación durante la campaña.—Paz de 1828 y Constitución de 1830.—Pacheco entra á formar parte del «Batallón de Guías».

Sabido es que en 1816 los portugueses habían invadido nuestro territorio, y que Artigas, el gallardo jefe de la emancipación nacional contra la Junta de Sevilla, se vió obligado á expatriarse por la derrota sufrida en un combate librado con el coronel Ramírez, uno de sus más antiguos y queridos oficiales.

Desde ese momento, la causa que había tenido como glorioso principio el triunfo heroico de las Piedras, quedaba confiada á los esfuerzos del comandante Rivera y demás jefes patriotas, los cuales, creyéndose impotentes para dominar las huestes del Imperio, pactaron y transaron con el invasor de la patria, aunque con la idea oculta en sus corazones de libertarla de la dominación extranjera.

Otros ciudadanos de los que habían luchado también en la revolución artiguista, no quisieron vivir bajo el yugo del opresor y emigraron á la Argentina.

El recuerdo de los hermanos ausentes y la propia miserable situación de los nativos, despertaron, en la mente de los exilados, deseos ardentísimos de combinar un plan de guerra para lanzarse á libertar la entonces llamada Provincia Cisplatina.

De quién surgió la idea, ha sido y es aún muy discutido, pues mientras unos opinan que Rivera fué el primero que la concibió, apresurándose Lavalleja á ejecutarla, otros la atribuyen por entero á éste, no faltando, por último, quien crea que ella es debida á la astuta diplomacia porteña, que soñaba de tiempo atrás con la anexión de las bandas oriental y occidental del Plata.

Sea de esto lo que fuere, lo esencial es que Rivera estaba en el movimiento.

Ya hoy nadie ignora que Rozas, en esa época instrumento de Dorrego, fué comisionado por éste para venir á conferenciar con Rivera acerca del plan revolucionario, hecho que también lo constata el general Mansilla en su obra « Rozas ».

Si esto no fuese cierto, hubieran sido los patriotas que en abril del año 25 desembarcaron en la Agraciada, treinta y tres mártires en lugar de treinta y tres héroes, como lo dijo Rivera Indarte con su natural seguridad de pensamiento.

La noticia del desembarco y la eficaz cooperación que ofrecieron á los cruzados Rivera y Laguna, — dos de los jefes de más prestigio en el ejército nacional sometido al brasileño — cundió rápidamente por todos los ámbitos de la República, excitando los primeros triunfos adquiridos el sentimiento patriótico del pueblo, que corrió á agruparse á la sombra de la bandera tricolor de los revolucionarios.

Bajo auspicios tan halagüeños, muchos jóvenes abandonaron sus hogares y tomaron las armas con decisión espartana.

Entre éstos se encontraba Melchor Pacheco y Obes, tierno adolescente de diez y seis años, que deliraba con la libertad de la *patria chica*, como él la llamaba.

Sus entusiasmos por la suerte y el porvenir del Uruguay, habiendo nacido, como hemos dicho, en Buenos Aires, están perfectamente justificados. El hecho de no existir nacionalidades en Sud América en la época de su nacimiento, sería argumento indestructible para justificar sus anhelos, si no se recordaran los antecedentes honrosos de su padre; los sacrificios y las vicisitudes por que atravesó en aquellos días calamitosos en que con un puñado de gauchos indomables se vencían en el Cerrito á los ejércitos hispanos.

Aquella primera etapa de su vida y el rol importantísimo que le veremos desempeñar en acontecimientos posteriores, unido á la teoría de que la nacionalidad es impuesta por el suelo, nos habilita para tratarle como á uruguayo.

Deseoso, pues, de ver realizadas sus aspiraciones y sueños juveniles, una vez que se encontró en el teatro de los sucesos quiso poner en práctica su idea, enrolándose en calidad de soldado distinguido en la división de caballería que comandaba el coronel Julián Laguna.

Las armas de la patria habían tenido ya su bautismo de gloria en la batalla memorable del Rincón de Haedo, en la que á la fuerza numérica del enemigo había suplido el ingenio del jefe de los orientales.

Este primer combate enseñó al Imperio ensoberbecido que nunca es débil ni pequeño un pueblo cuando lucha por conquistar la libertad.

La precitada función de guerra en breve debía recibir el más espléndido complemento en la acción heroica de Sarandí. El 12 de octubre de 1825, á los pocos días del triunfo del Rincón, se avistaron las fuerzas brasileñas comandadas por Bentos Manuel y Bentos Gonzales, con las fuerzas libertadoras al mando de Lavalleja y Rivera.

La columna patriota era inferior en número, armas y municiones, pero esto poco importaba. A la voz de *¡Sable en mano y carabina á la espalda!*, se lanzaron aquellos centauros sobre las filas enemigas, y después de una lucha encarnizada en la que los prodigios de valor de nuestros gauchos fueron dignos émulos de las hazañas inmortales de los vencedores de Maratón y de Platea, el campo de batalla fué abandonado por los imperialistas, quedando cerca de mil prisioneros en poder de los jefes patriotas.

En esta batalla, que tanta influencia tuvo en los destinos futuros de la Cisplatina y que mereció de Juan Cruz Varela la dedicación de una inspirada oda, fué donde por vez primera vió Pacheco un campo de combate y escuchó las clarinadas que anuncian al soldado un nuevo laurel para la corona de sus triunfos.

Su actuación fué entonces sin importancia.

El rol que le tocaba desempeñar era el de todo soldado de honor: combatir con fuerza de voluntad y bravura ejemplar durante la batalla.

No obstante esto, el 14 de octubre, dos días después de librada aquella jornada gloriosa, el joven mi-

litar pudo enorgullecerse al lucir las jinetas de sargento, lo que hace suponer que, en las horas de prueba, se haya distinguido por alguna acción singular.

Así, de lucha en lucha, de combate en combate, siguieron por largo tiempo aquellas bizarras falanges ciudadanas, levantándose al primer rayo de la aurora, para dejar las armas cuando el último rayo del sol se perdía detrás de los oteros, de los montes ó de las escarpadas serranías.

Las acciones del Rincón y Sarandí dieron gran realce á la revolución y hasta le marcaron nuevo rumbo.

Estas circunstancias, hermanadas á la debilidad manifiesta de los miembros de la Junta de Representantes de la Florida, que en la célebre sesión del 25 de Agosto había declarado la anexión de la Provincia Oriental á las demás Unidas del Plata, decidieron al Gobierno Argentino á prestar su ayuda á los orientales, máxime, cuando ya había quebrado de hecho con los poderes del Imperio.

El general Alvear había venido á sustituir á don Martín Rodríguez en el mando del ejército, precisamente en la época en que la anarquía militar, capitaneada por Juan Antonio Lavalleja, hacía sentir todos sus males en las filas de los defensores de la Independencia.

Alvear comienza por perseguir á Rivera, creyéndole culpable, y éste logra evadirse, haciendo luego su defensa por medio de algunos periódicos que aún le eran adictos.

El jefe argentino se ocupa entonces en organizar sus tropas, preparándose para librar una gran batalla.

Los brasileños rehuían con frecuencia el combate.

Por fin, el 19 de febrero de 1827 se avistaron los ejércitos beligerantes en los campos de Ituzaingó. El brasileño era mandado por el marqués de Barbacena como general en jefe, habiéndose hecho cargo de este puesto el 1.° de enero, en reemplazo del barón de la Laguna, teniendo como segundo al general Abreu.

La columna imperial, de siete mil hombres, era esta vez inferior en número, pues los republicanos contaban en sus filas cerca de ocho mil quinientos. En cambio, las armas y municiones brasileñas eran en calidad infinitamente superiores á las de los patriotas.

Las tropas de la patria iban al combate bajo la competente dirección de Alvear.

En las primeras horas de la mañana del día 20, comenzó la pelea, la que duró algo más de seis horas, sin decaer un solo instante el entusiasmo de los combatientes.

Pero, al cabo, los enemigos tuvieron que ceder terreno ante el empuje irresistible de la caballería de Brandzen y de los lanceros de Medina, quien, según la feliz expresión de un distinguido escritor, llevaba todavía en Cagancha, tinta en sangre, la lanza vencedora de Ituzaingó.

El campo fué abandonado por los brasileños, dejando en poder de los revolucionarios cerca de mil quinientos prisioneros y ciento setenta muertos, contándose entre éstos al famoso barón de Cerro Largo.

Los libertadores no tuvieron que lamentar más que dos jefes entre sus muertos: el valiente y denodado

Federico Brandzen, y el comandante Besares, segundo del cuerpo que mandaba el entonces coronel José María Paz.

Pacheco tuvo la gloria de encontrarse también en esta batalla, una de las últimas en la lucha homérica de nuestra Independencia.

Con un grado superior al que había lucido en la acción de la orqueta de Sarandí, su papel tenía que ser, por consiguiente, mucho más culminante.

Ayudante ó secretario del general Julián Laguna que, conjuntamente con Soler, mandaba la división de caballería, era á la sazón teniente primero y es fama que se portó con heroísmo en la pelea.

Su nombre empezaba ya á figurar en los partes de batalla, y él no dejaba de exteriorizar su grande ambición, ese acicate de las almas ardientes y emprendedoras.

Esta jornada, á la que muchos historiadores han llamado tumba de la dominación extranjera, tuvo, como es natural y lógico presumirlo, inmenso influjo en la libertad de la Cisplatina; pero ella está lejos de ser el verdadero sepulcro donde cayó por siempre el poder de los usurpadores del suelo patrio, pues admitirlo sería desconocer la colosal empresa de la conquista de las Misiones, que puede llamarse, en obsequio á la veracidad de la historia, el golpe de gracia que recibió el poder ya vacilante del Brasil.

La campaña de que hablamos, no tiene rival en la historia guerrera de los países hispano-americanos. En menos de veinte días, Rivera las libertó por completo, derrotando y persiguiendo sin cesar al famoso gobernador Alencastre.

La importancia política de este cúmulo de sucesos, no pudo ser más favorable á la causa de la Independencia.

El pueblo de Buenos Aires, tan pronto amigo cariñoso como enemigo irreconciliable del jefe de los orientales, festejó con gran júbilo el nuevo triunfo del vencedor del Rincón, cuya noticia, llegada á oídos de don Pedro I, le hizo exclamar, dice un conocido historiador, que á ese paso, en veinte días más la gente de Rivera estaría en Porto Alegre.

Estos acontecimientos obligaron al emperador del Brasil á abrir las negociaciones de paz que, con anterioridad á Ituzaingó y las Misiones, había tratado de llevar á la práctica el ministro García en la convención que lleva su nombre,—la que fué rechazada en absoluto por el Gobierno Argentino, por no estipularse en ella, de una manera concisa y terminante, la libertad absoluta de la Banda Oriental.

El poder de la diplomacia vió esta vez coronados sus esfuerzos por el éxito.

Don Juan Ramón Balcarce y don Tomás Guido, en representación del Gobierno de las Provincias Unidas del Plata, y los señores marqués de Aracaty, José Clemente Pereira y J. Oliveira Álvarez, como comisionados del Imperio del Brasil, ajustaron un convenio de paz sobre la base de la independencia de la Cisplatina, el que fué firmado en Río Janeiro el 27 de agosto de 1827, y ratificado en Montevideo el 4 de octubre del mismo año.

Después de tanto batallar, los hijos de la tierra de Zapicán y de Taboba tenían una patria libre é independiente, como la soñara otrora el patriarca Artigas,

quien vegetaba entonces en la inacción del destierro, entregado, como Cincinato, á las pacíficas tareas del agricultor.

El 18 de julio de 1830 se juró la Constitución del nuevo Estado, y un nuevo país republicano vino á ocupar su sitio en el concierto de las naciones libres del universo.

En la noche de ese día de intenso regocijo popular, Melchor Pacheco y Obes, que había contribuído con sus servicios desinteresados á la conquista de la libertad, brindó en un banquete, diciendo: *que su espada y su brazo estarían siempre al servicio de la patria, para hacer respetar sus derechos, cuando alguien intentara desconocerlos.*

Más tarde, veremos que cumplió su palabra.

Entonces fué destinado con el grado de capitán al escuadrón de «Guías» que comandaba el bravo coronel Gabriel Velazco, uno de los jefes que, durante las luchas por la independencia, había regado con la sangre de sus venas los verdes trebolares de las cuchillas nacionales.

CAPÍTULO III

SUMARIO.—Oficial subalterno.—Acontecimientos de 1839.—Pacheco hombre de confianza y consejero del general Rivera.—Misiones honrosas que éste le confía.—Es nombrado Comandante General del Departamento de Soriano.—Desastre del Arroyo Grande.

Los hijos de la nueva nación no tardaron mucho en dividirse por opiniones políticas y en alterar la paz pública, esa antorcha luminosa que debe guiar á todos los pueblos, por ser la madre del progreso y la que demuestra, como dice Stuart Mill, la cultura intelectual de las naciones.

Lavalleja, creyéndose con más méritos ó aptitudes que Rivera para desempeñar la Presidencia de la República, se indispuso con él y se lanzó en 1832 á la guerra civil, con el propósito de derrocar el poder constituído y hacerse dictador, como antes de jurarse la Carta Fundamental.

Rivera salió al encuentro de los insurgentes, y en los campos de Tupambaé fueron completamente derrotados, obligándolos á internarse en el Brasil.

A pesar de la estrecha amistad que unía á Lavalleja y Pacheco, éste se rehusó á tomar parte en el movimiento.

Militar de orden y hombre de levantados principios, no podía prestarse á secundar la obra de un caudillo á quien guiaban mezquinas ambiciones y vanidades personales.

Cuando Oribe, después de llegar á la Presidencia de la República por la influencia del general Rivera, empezó á perseguir á los ciudadanos que no se doblegaban ante las imposiciones del poder oficial, una de las primeras víctimas de las iras olímpicas del iracundo gobernante, fué Melchor Pacheco y Obes, al que despojó de su grado militar, cometiendo con este acto una notoria y reprochable injusticia.

El joven luchador no se abatió por eso.

Su ánimo era demasiado altivo para echarse en brazos de la desventura por la ingratitud de un hombre. Se resignó con la suerte que le deparaba el Destino, y empezó á trabajar con carretas, á fin de ganar para el sustento diario de la vida.

Pero, felizmente, esto no duró mucho tiempo.

Rivera se levantó en armas, y las tropas de Oribe fueron batidas en Yucutujá y el Palmar, viéndose obligado á renunciar el alto cargo que investía y á pedir venia á la Asamblea para pasar al extranjero.

Con el triunfo del héroe de Guayabos, la confianza renacía en todos los espíritus y una aurora de libertad y tolerancia esparcía sus luces por todos los ámbitos de la tierra natal.

Pacheco fué repuesto en su grado, estrenándose con la defensa de un oficial acusado de defección.

Cuando los acontecimientos trascendentales de 1839, era ya teniente coronel, empezando desde entonces á figurar en otra escala.

Debido á un ligero accidente, se vió privado de concurrir á la batalla de Cagancha, jornada gloriosa que guarda la historia en una de sus páginas más bellas.

Fué en esta época que Rivera comenzó á dispensarle su confianza y á tomar consejos de aquella cabeza privilegiada, de la que brotaban los grandes pensamientos con una espontaneidad asombrosa.

A principios de 1840 se le confió el cargo de Jefe del detall en el ejército que se organizaba en San José del Uruguay, siendo trasladado poco después, con el mismo empleo, al Departamento del Durazno.

Entonces empezó á desempeñar comisiones importantísimas confiadas por el general Rivera, tan pronto relacionadas con la emigración de las familias entrerrianas, como con otros asuntos más graves que demandaban del emisario uruguayo un tacto superior.

De una de las notas que, en septiembre de 1841, dirigía al Presidente de la República, entresacamos los siguientes párrafos que demuestran de qué modo respondía á la confianza que en él se depositaba.

«La comisión que S. E. me confió respecto á la » emigración entrerriana, ha sido completamente lle- » nada, decía. Me honro de haber sido portador de sus » órdenes, tan llenas de filantropía y magnanimidad.

«En mi rancho tengo algunos emigrados de impor- » tancia; está entre ellos el aventajado comandante » don Máximo Elías».

Después de estas misiones, en las que el ingenio de Pacheco reveló raras dotes de diplomático, se le nombra, por decreto gubernativo, Comandante general del Departamento de Soriano, cargo de suma importancia, para cuyo buen desempeño no sólo se nece-

sitaba una cabeza organizadora, sí que también un brazo de hierro y una voluntad indomable.

Aún no había llegado á su destino, cuando ocurrió el tremendo contraste del 6 de diciembre de 1842.

El Presidente oriental, que se hallaba en operaciones en Entre Ríos, se encontró cerca del Arroyo Grande con las fuerzas de Manuel Oribe, librándose un sangriento y reñido combate, en el que la victoria coronó los esfuerzos del ejército argentino.

Librarlo fué un error militar del general Rivera.

Él, que ya había demostrado sus talentos singulares y vivezas geniales en Guayabos, en Misiones y en la célebre retirada del Rabón, pudo haber rehuído el combate cuando vió la superioridad numérica del enemigo, y retirarse en orden tiroteándole hábilmente.

Rivera cayó víctima de su propio arrojo.

Sus fuerzas eran compuestas de seis mil hombres mal armados, siendo, además, según la expresión de la época, una masa heterogénea, sin enlace mutuo entre sus partes y sin harmonía en el conjunto.

Las de Oribe las formaban tres mil infantes veteranos que venían de hacer una campaña larga y penosa, y siete mil hombres de caballería, también veteranos en su mayor parte, y sujetos á una férrea disciplina.

La diferencia en hombres no podía ser mayor, y si se agrega á ello las dieciocho piezas de artillería que llevaba Oribe, se verá cuán arriesgado era presentar batalla á un ejército tan infinitamente superior en número, armas y municiones.

No obstante esta desproporción, la batalla se libró.

Las primeras cargas fueron resistidas con heroísmo por los riveristas, mas, al avance de la caba-

llería enemiga, se creyeron débiles para resistirla y el desbande fué general.

Más de dos mil prisioneros cayeron en poder de Oribe, de los cuales cuatrocientos fueron degollados y un gran número de los restantes martirizados con los tormentos más atroces.

La nueva fatal de este gran desastre, dice un escritor anónimo, dió ocasión á Pacheco para desplegar los recursos de su genio ante la situación que aparecía erizada de peligros.

Desde los primeros momentos, se vislumbró el golpe funesto que era para la República la pérdida de esta batalla.

Las primeras medidas que tomó el novel Comandante del Departamento de Soriano, hicieron que se cifraran en él todas las esperanzas y que la prensa comenzara á ocuparse del nuevo personaje que aparecía en la escena política en momentos tan aciagos para la nación.

El *Diario Oficial* de Montevideo, ocupándose de él, decía el 31 de diciembre de 1842: «Sabemos que » ofendemos la modestia del valeroso jefe del distrito » de Mercedes, pero, ¿cómo callar si cada día que » transcurre, muéstrase á nuestros ojos con nuevas » pruebas de su actividad, de su noble conciencia, » de su alta capacidad?

«El coronel Pacheco nos demuestra que tenemos » hombres de acción, de consejo y de gobierno, aptos » para salvar la patria».

En el capítulo siguiente veremos cómo aguzaba su ingenio para obrar con la audacia de un Temístocles y la justicia de un Arístides.

CAPÍTULO IV

SUMARIO.—Formación de la Guardia Nacional en Soriano.—Medidas acertadas acerca de la esclavatura.—Templa con su palabra el alma de sus subordinados.—Marcha á Montevideo por orden de Rivera.—Éste forma su Gabinete y le confía el Ministerio de la Guerra.

Pacheco y Obes conocía perfectamente el peligro por que atravesaba el país, y apenas llegado á Mercedes empezó á desplegar toda la fuerza de sus actividades.

Los medios de que se valió para llegar al fin, no pueden ser más lícitos ni más humanos.

Partidario de la libertad, sin restricciones de ninguna especie, proclamó en nombre de los más grandes y sacrosantos intereses de la patria, la abolición absoluta de la esclavatura, dando así, por medio de un simple rasgo de pluma, el ejemplo de mayor altruísmo que puede exigirse á un espíritu republicano y liberal.

Esta medida dió ocasión á los conservadores, que son, en el desarrollo de las sociedades, los representantes del misoneísmo, para dirigir á Pacheco toda clase de ataques, lo que no impidió que la Asamblea

Legislativa, animada por los nobles ideales de Gobierno que tanto separan á las democracias modernas de las teocracias del siglo XVI, sancionara como ley nacional la libertad de vientres en todo el territorio de la República, que Pacheco y Obes había proclamado, cuatro días antes, con la visión profética del genio.

Así se explica que, á los veinte días del desastre del Arroyo Grande y á los primeros amagos de la invasión extranjera, formara una fuerte división de mil doscientos hombres, que revistaba con patriótico entusiasmo sobre las cuchillas de Mercedes.

Para organizar de una manera positiva este crecido número de hombres, tuvo que emplear en muchos casos un rigorismo digno de aplauso, haciendo ejecutar, á la vista del ejército, una docena de malhechores y castigando severamente á los que desertaban de sus filas.

A las primeras horas de la mañana del 2 de enero de 1843, la bizarra columna empezó á marchar para ir á incorporarse á la del general Rivera.

Antes de dejar el suelo de Soriano, teatro de sus primeros triunfos, Pacheco entregó á los guardias nacionales una bandera blanca y azul, y con voz dantoniana, bajo un cielo tan bello como la primer aurora que alumbró á los mundos, les dirigió la siguiente arenga, cuyo corte épico evidencia la grandeza de su alma y la fe que tenía en la victoria del derecho.

«¡Patriotas! les dijo. Cuando esta bandera flota en
» los aires, dice al mundo que el pueblo oriental es
» independiente. Si en vuestras filas llega á flamear
» en medio del combate, que los fogonazos de vuestros

» fusiles digan al mundo que el pueblo Oriental es » victorioso ».

Nada más entusiasta que esta corta y vibradora arenga para enardecer el alma sencilla del soldado que corre al combate guiado por los impulsos generosos del corazón, que, por un no sé qué misterioso, palpita, con bríos de titán, cada vez que, al són metálico de la trompeta guerrera, sucede el lenguaje de la elocuencia, animado por el fuego de una pasión tirtéica.

Pacheco y Obes, conocedor de este secreto, sabía valerse de él cuando el curso de los acontecimientos se lo indicaban.

A los pocos días de marcha se incorporó, cerca del Río Negro, al derrotado en el Arroyo Grande, siendo su división la que cambió los primeros tiros con el ejército del Calígula argentino.

Rivera se entusiasmó muchísimo con la actividad, rectitud é inteligencia de su subalterno, y viendo quizás en él, como el cónsul de la antigüedad, á muchos Marios, le hizo decir al incorporársele: «*Si en todos los Departamentos hubiese tenido jefes como tú, el enemigo no pisaría estas márgenes*» (1).

Y no se equivocaba.

En la frente todavía joven de Melchor Pacheco, podía leerse, como en un libro abierto, el tesoro de amor é intelectualismo que encerraba, el que iría á depositar, dentro de breve tiempo, en los altares de la patria, como la más bella y la más santa de todas sus ofrendas.

(1) De Victor Arreguine.

Rivera había dispuesto, desde los primeros momentos, que la división de Soriano marchara cuanto antes á Montevideo.

Fué en cumplimiento de esta orden que, el 25 de enero de 1843, se desprendió del cuartel general en el Paso de Mataojo, el batallón de guardias nacionales de Mercedes, llegando á la Capital el día 28.

A su mando venía el coronel Pacheco y Obes, quien se puso en seguida á disposición del Gobierno.

El 2 de febrero, después de una prolongada ausencia, se recibió nuevamente el general Rivera del ejercicio del Poder Ejecutivo. Tenía que valerse de todos los recursos de su ingenio y de su larga actuación política, para poder organizar un Ministerio que respondiera en todo á los anhelos populares.

Á pesar de los obstáculos que tuvo que vencer, para la formación de su Gabinete, el Presidente fué feliz en la elección de hombres, tanto que se le llamó *Ministerio salvador*, por los diarios más caracterizados de la época.

Entre los nuevos Secretarios de Estado se encontraba también Pacheco y Obes, y, á la verdad, que pocos militares había entonces tan meritorios como él para ser honrado con tan alto puesto, no solamente por los servicios prestados á la nación, sino por la vasta preparación científica que es necesario poseer para desempeñar con conciencia el difícil cargo de ministro de la Guerra.

Don Santiago Vázquez, el talentoso consejero de Rivera, puso, en beneficio de Pacheco, toda la influencia que tenía sobre la persona del héroe del Palmar, y tan pronto como llegó á sus oídos la buena nueva

de la designación del candidato de sus simpatías, exclamó, rebosante su alma de satisfacción: *Ése será el genio y el prodigio de nuestros días.*

El nuevo Ministro estaba en esa edad hermosa en que el hombre no encuentra nada difícil, por animarlo una fuerza interior que lo hace más animoso cuanto mayores son las dificultades que tiene que vencer.

Era, por esto, más que una gran esperanza, una positiva realidad.

«La crisis desenvolvió toda su energía y toda su » inteligencia. Él mismo no se conocía cuando no era » conocido de los demás; un solo suceso dió al uno » idea de sí mismo é hizo que los demás le compren» diesen.

» Elevado á tan alto puesto de improviso, Pacheco » se halló suficiente á él: reunió el precioso caudal de » sus conocimientos científicos y artísticos, para po» nerlos al servicio del Estado, demostrando que era » hombre de gabinete y administrador á un mismo » tiempo» (1).

A medida que este último transcurra, veremos cómo crece y se agiganta su simpática personalidad.

---

(1) Wrigt: *Asedio de Montevideo.*

CAPÍTULO V

SUMARIO. — Pacheco organiza la Defensa. — Su labor y actividad indiscutibles. — Relaciones con el general Paz. — Crea escuelas y hospitales de sangre. — Célebre carta que dirige á Manuel Oribe y ataques que recibe de «La Gaceta» de Rozas. — Fusilamiento de Baena.

El 16 de febrero de 1843, una salva de 21 cañonazos anunció á Montevideo que Manuel Oribe, transformado en una hechura del Nerón de allende el Plata, se había posesionado del Cerrito de la Victoria con un ejército extranjero de catorce mil hombres, manchando eternamente, con la más ignominiosa de las manchas, los laureles de Sarandí é Ituzaingó.

Los defensores de la plaza eran apenas seis mil hombres; mas, lejos de creerse perdidos por el número de las tropas invasoras, recobran nuevos bríos, y, con heroísmo digno de eterna recordación, empiezan á prepararse para la defensa; — la que debía durar nueve años y hacer de la ciudad, que en 1726 fundara Zavala, la Troya de la historia contemporánea, como la llamó por vez primera Alejandro Dumas en uno de sus libros más plagados de errores, pero grande é interesante por las doctrinas que encierra.

Pacheco y Obes dió entonces pruebas de lo que era capaz de hacer por salvar la independencia nacional, firmando, en unión de don Andrés Lamas, un documento para siempre memorable (1).

Urgía organizar militarmente la plaza para poder resistir los ataques del ejército oribista.

Así lo comprendió desde luego y, tomando las medidas más severas, lanzó un decreto por el Ministerio de la Guerra, que comenzaba así:

« Orientales: la patria está en peligro!

« La sangre y el oro de los ciudadanos pertenece « á ella.

« Quien le niegue su oro y su sangre será casti» gado con la pena de muerte ».

Es de suponerse el efecto que producirían en el ánimo de los sitiados los decretos y proclamas del incansable ministro de la Guerra, á quien tan pronto se le veía en su despacho como en la línea de fortificación, ora reconociendo los víveres, ora promo-

(1) He aquí sus párrafos principales:
« La conquista de nuestra patria es imposible. Ella está re» presentada en su administración y sus ejércitos, por ciuda» danos que, aún oprimidos por el pie de los degolladores, no » la confesarían vencida y morirían como mueren los ciuda» danos de un pueblo destinado á morir independiente. Nos» otros comprendemos que nuestra bella, nuestra querida, nues» tra noble Montevideo desaparezca del mapa de las naciones, » pero no que caiga, así como existe, bajo el poder de Rozas; » que sus hombres de sangre descansen bajo sus techos y la » llamen la ciudad esclava; que se repartan sus despojos y la » reduzcan á lo que consideran su estado normal: al atraso, á » la miseria, la humillación. Si cae Montevideo, no caerá así; » bien lo sabe Dios, morir ó salvarla!

« MELCHOR PACHECO Y OBES. — ANDRÉS LAMAS ».

viendo suscripciones para el aumento de la hacienda.

El Gobierno de la Defensa, ante la inminencia del peligro que le amenazaba,, empezó á utilizar los servicios de algunos emigrados argentinos que se ofrecieron con el mayor desinterés á servir la causa de la libertad, que se defendía dentro de los muros de la invicta Montevideo.

Entre ellos estaba el ilustre táctico don José María Paz, militar de recomendables antecedentes que había inmortalizado su nombre durante la guerra de la emancipación americana, habiendo también contribuído á derrocar el poder brasileño en el Uruguay.

Se le confió, teniendo en cuenta sus relevantes méritos, la Comandancia General de armas, y, desde este momento, entre él y Pacheco se dejó entrever una especie de rivalidad que debía ser perjudicial en días no lejanos.

Á pesar de esto, marcharon todavía de acuerdo durante algún tiempo.

Pacheco, siempre entusiasta y decidido, ideaba cosas nuevas que venían á fortalecer la defensa de los sitiados.

Una tarde hizo que sus soldados cavasen fosos en toda la línea de fortificación, lo que produjo hilaridad á los periodistas del Cerrito, dándoles ocasión para escribir uno de aquellos artículos furibundos que parecían escritos con la sangre de sus innumerables víctimas.

« Pronto, decía un diario que recibía inspiración de » Villademoros, esos fosos que estáis cavando serán » vuestros sepulcros. ¡Insensatos! ¿Pensáis resistir « á catorce mil soldados que en cien combates se han

» cubierto de laureles? No os queda otro recurso que
» implorar el perdón del ilustre general Oribe, si no
» queréis que vuestras cabezas suban tan altas como
» las de los salvajes unitarios Avellaneda, Acha, etc. »

Al emplear ese estilo grosero y jactancioso, los sitiadores erraban el golpe, pues lejos de hacer flaquear el nervio de la resistencia, hacían que ésta recobrara más pujanza.

El ministro de la Guerra contestaba á los articulistas enemigos fundando los hospitales Civil y Militar; la Casa de Inválidos; la Sociedad de Socorros Mutuos; el Tribunal Militar, presidido por el General en Jefe de las fuerzas, y como si quisiera realizar el sueño de Artigas, de que fuesen los orientales tan ilustrados como valientes, creó la Escuela del Ejército en la misma casa del Ministerio de la Guerra; confeccionó su programa é inauguró la apertura de clases con un elocuente discurso, en el que su imaginación oriental se desbordó en un harmonioso torrente de imágenes brillantes y atrevidas metáforas.

Muchas veces su espíritu apasionado le hacía obrar sin la meditación necesaria, lo que mucho le perjudicaba, perjudicando á la vez, por acción refleja, á los propios intereses de la Defensa, como lo evidencia una célebre carta que, en mala hora, dirigió á Manuel Oribe el 11 de septiembre de 1844. En ella le decía, entre otras cosas, lo siguiente: « Las leyes de la República me prohiben comunicar con usted en su calidad de traidor; pero como además reune la de jefe del ejército del Gobernador de Buenos Aires, en el interés de la humanidad he creído deber proponer

» á usted para lo sucesivo el canje de prisioneros,
» que, una vez establecido, disminuirá en mucho los
» horrores de una guerra en que todos los principios
» de aquel mandatario feroz se ponen en práctica,
» por los unos, para agradarle y obedecerle; por los
» otros, para hacer uso del más justo derecho de de-
» fensa: la represalia »...

El objeto que perseguía al dirigir esta comunicación al General adversario, no puede ser más digno de aplauso, dado los móviles generosos y humanitarios que la inspiraron. Pero la forma empleada, hiriente y declamatoria, hacía suponer al espíritu más imprevisor, que lejos de calmar los odios y las escenas horribles de una guerra á muerte, éstas recrudecerían con un salvajismo más atroz.

La carta no mereció ni siquiera respuesta, pero Oribe aguardó á que se presentara la oportunidad para vengarse en la persona de Pacheco.

La hora anhelada se presentó de inmediato.

El extravío de unas alhajas que varias personas habían donado á la Casa de Monedas de la plaza, en cuyo funcionamiento tenía Pacheco una parte principal, dió motivo al Atila del Cerrito para insultar, en términos altisonantes, en « La Gaceta » de Rozas, al benemérito jefe de la Defensa.

Después de prodigarle los insultos más soeces, terminaba llamándole ladrón.

Otro ataque cualquiera no hubiese producido ningún efecto en su ánimo, pero éste se relacionaba con lo que más quería: el honor, del cual se había preocupado que brillara en él con una pureza inmaculada.

Guiado por los impulsos vehementes de su fogoso corazón, salió á la prensa á hacer su defensa, porque ella importaba, según sus palabras, un acto de justicia á los principios que se defendían dentro los muros de la ciudad heróica.

Después de un sinnúmero de consideraciones acerca de su actitud en los negocios de Estado, que acreditaban su acrisolada honrádez, terminaba su artículo recordando algunos párrafos de una de sus proclamas, al hacerse cargo en Mercedes de la división de Soriano: «Vengo á este destino, decía, sin poseer nada, » siendo uno de los hombres más pobres del ejér- » cito. Lo prevengo á ustedes así, para que, si al de- » jar la Comandancia del Departamento tengo algo, » puedan llamarme ladrón».

Y, en efecto, ni entonces, ni más tarde, tuvo aquel austero ciudadano bienes de fortuna, y menos aún negociaciones leoninas en las que pudiera lucrar.

En esta época se produjeron serias desavenencias entre el general Paz y Pacheco, las que ocasionaron el alejamiento del jefe argentino, aunque se dijo que su retiro respondía á la ayuda que iba á prestar á la revolución correntina de Madariaga.

La separación de un militar de la talla de Paz, era de lamentarse, pues perdía la Defensa á uno de sus principales sostenedores.

Más tarde, deberían encontrarse ambos rivales en las horas tristes del destierro, comprenderse y estrecharse en un abrazo fraternal.

Á pesar de estos pequeños incidentes, los defensores de Montevideo seguían, unidos, en lucha abierta con el obscurantismo y la barbarie.

Las medidas severas tomadas por el Ministro de la Guerra, hacían que se respetaran todos los mandatos gubernativos.

A cualquier persona que se le encontraban comunicaciones del enemigo, se le pasaba por las armas.

En virtud de esta medida disciplinaria, fué ejecutado, el 16 de octubre de 1844, el comerciante de la ciudad don Luis Baena. Este acto obedecía á una correspondencia encontrada en un lanchón procedente del Buceo y apresado por Garibaldi, la que comprometía en alto grado á Baena.

Pacheco constituyó el tribunal, y el reo fué condenado á muerte á las 44 horas del apresamiento del buque.

Inútiles fueron todos los ofrecimientos que se le hicieron para que salvara de la pena capital al prevenido, y aún resuena en todos los oídos, transmitida de generación en generación, como los versos magistrales de Homero por los antiguos rapsodas, la respuesta que dió á los comerciantes que le ofrecieron, por la vida de Baena, seis mil pesos y un uniforme para cada soldado del ejército: *Si la vida se comprara por dinero, no habría rico que muriese.*

Los enemigos de Pacheco y particularmente los que lo son de la Defensa de Montevideo, ven en este hecho un crimen horrendo, sin atenuación alguna y rodeado por doquiera de las más comprometedoras agravantes.

Sólo espíritus movidos por un partidarismo exagerado, pueden condenar un acto que, además de estar justificado por prueba escrita, lo explican con perfecta lógica las propias leyes de la guerra.

¿Qué se hace en toda ciudad sitiada, cuando alguien vende los secretos de la defensa al sitiador?

El lector responderá á esta sencilla interrogación, y esa respuesta será la mejor justificación de Pacheco.

Si algo puede objetársele en este caso, no es en realidad la consumación del hecho, sino la forma en que él fué llevado á efecto, habiéndose obrado con excesiva premura.

Esta ejecución fué, hasta cierto punto, ejemplar, por la encumbrada posición del reo, siendo lo suficiente para que no se volvieran á repetir esos hechos de espionaje, que rechazan con dignidad todas las conciencias honradas.

CAPITULO VI

SUMARIO.—Actitud de los legionarios franceses.—Imaginaria revolución de Pacheco al Gobierno de Suárez.—Cómo se desvirtúa.—Ruidosa cuestión con el almirante brasileño.—Destierro de Pacheco al Janeiro.—Vuelve al país y se le confía el mando del ejército.—Revolución del 1.° de abril y expatriación voluntaria de Melchor Pacheco.

Los meses y los años se deslizaban velozmente y la resistencia, contra los aliados del tirano, adquiría, con el transcurso del tiempo, más grande importancia.

El patriotismo había alcanzado su más alta expresión.

Las madres, novias y esposas impelían á sus hijos, prometidos y compañeros, á concurrir á formar con sus pechos la muralla sagrada que salvase la soberanía nacional.

Además, el recuerdo querido de Marcelino Sosa, el bravo entre los bravos, según la feliz frase de Pacheco, en el hermoso discurso con que le despidió al borde de la tumba; el no menos grato de Neira, Carro y otros héroes, servía de aliento á todos los corazones, habiéndose formado algo así como una fantástica leyenda acerca de esos varones ilustres que

supieron morir con la imperturbable serenidad de gladiadores romanos.

El entusiasmo de nuestros abuelos no tardó mucho en inflamar el sentimiento patriótico de los extranjeros residentes en la Capital, y apenas pasó un año sin que se organizaran en batallones de voluntarios, para secundar la obra de los sostenedores de la Nueva Troya, dentro de cuyos estrechos límites se defendía, con valor helénico, la civilización sudamericana.

Los italianos se pusieron bajo las órdenes de José Garibaldi, proscripto de Italia, que, pocos meses antes de comenzar la Defensa, había tomado parte en la revolución de Río Grande; y los franceses confiaron su dirección al coronel don Juan Crisóstomo Thiébaut, valeroso marsellés que había combatido como un león en Waterlóo y cuya alma meridional era de fuego en las horas terribles del combate.

Esta levantada actitud de los vástagos de la vieja Galia, siempre amigos decididos de la libertad, no fué del agrado del cónsul don Teodoro Pichón, quien reclamó al Ministro de Relaciones Exteriores, el que le contestó con evasivas, dando esto margen á la partida del Cónsul que se retiró en enero de 1844, llevándose consigo á todos los empleados del Consulado.

La corte de Francia, así que tuvo noticias de lo acaecido, exigió de inmediato la licencia de sus súbditos de Montevideo.

El asunto dió, sin embargo, tema para algunas sesiones tumultuosas en las cámaras francesas, pues Thiers abogaba por los intereses del Gobierno de la Defensa, mientras que Guizot sostenía la tesis contraria: el desarme.

La cuestión de principios triunfó tras prolongados debates y se decretó la deposición de las armas.

El almirante Laidé pasa entonces una extensa nota al Ministro del Exterior, haciéndole saber la real voluntad de Luis Felipe y entregando en pliego cerrado un ultimátum, en el cual se estipulaba el plazo que se concedía al Gobierno Uruguayo para efectuar el licenciamiento de los legionarios franceses.

Pacheco era el hombre de los grandes momentos. Cuando acontecimientos inesperados hacían temblar el corazón de sus compañeros, él, en pie, con la firmeza varonil de Prometeo, desafiaba la corriente adversa del Destino.

Así fué que apenas conocida del Presidente de la República la firme resolución del Gobierno francés, llamó á su Ministro de la Guerra y le ordenó que licenciara la Legión.

Éste ya había trabajado á los legionarios para que tomasen carta de ciudadanía oriental, y aprovechó la oportunidad de haberles dirigido Thiébaut un entusiasta discurso sobre el mismo tópico, (1) para reu-

(1) Como una prueba de admiración y gratitud al altruísta espíritu francés, reproducimos en seguida la hermosa proclama del jefe legionario:

«Camaradas:

»El Cónsul ha hablado en nombre del Rey; súbditos fieles » debemos obedecer. El jefe de la nación, mal informado de los » acontecimientos, ha investido al Cónsul con una confianza » de que él abusa, pero que debemos respetar. La ceguedad del » Cónsul podría tener las más funestas consecuencias, que vues- » tra sabiduría y vuestra moderación saben preverlas.

»Que entre nosotros y él, nuestro país no pueda dudar » cuando llegue el día en que nuestros actos sean juzgados.

nirlos en la plaza Constitución y hacerles saber cuál era el deseo del rey de Francia y lo resuelto por los poderes del Estado.

Su bella alocución terminaba así, dando ya por sentado el cambio de ciudadanía. «Franceses: el día » del peligro tendréis la derecha en nuestras filas y » de hoy para siempre el primer lugar en nuestros » corazones. La única conquista que esta tierra po- » dría sufrir hoy, vosotros se la habéis impuesto; sí, » habéis conquistado su amor, su gratitud, su admi- » ración de un modo indeleble.

«Camaradas: Se nos prohibe llevar nuestra cucarda; hare- » mos como hizo la Guardia imperial, la colocaremos sobre » nuestro corazón: nuestro estandarte es un obstáculo, arrié- » mosle hasta mejores días; le hemos visto flotar ya ante el » enemigo, su recuerdo bastará para asegurar nuestra victoria: » el nombre de la Legión Francesa atemoriza á Rozas; toma- » remos el nombre de voluntarios, y nuestros hechos demostra- » rán bastante á los satélites del tirano, que ellos son realiza- » dos por los voluntarios franceses.

» Amigos: cuanto mayores son los peligros, más mérito hay » en sobreponerse á ellos. Nuestra moderación causa la desespe- » ración de nuestros enemigos, al mismo tiempo que asegura el » triunfo de la causa. La República Oriental os será deudora » de días de reposo, y la Francia tendrá presente los sacrificios » que hacéis hoy día en su nombre. Permanezcamos siempre » unidos y siempre estaremos fuertes. Un Cónsul nos es hostil, » pero el poder de un Cónsul no es nada ante el imperio del » buen derecho. Nos quejaremos al Rey de los graves males » que nos hace su agente, y el Rey nos hará justicia. Recorda- » remos á la Francia las hostilidades de su representante, y la » Francia, mejor instruída, entonces nos llamará sus hijos

» Recurriremos, por último, al árbitro supremo, por la mal- » dad de algunos hombres, y pronto veremos romperse nues- » tras cadenas.

» Amigos: perseverancia, unión, valor, y siempre sentiremos » latir nuestro corazón con orgullo, á los gritos de ¡Viva la » Francia! ¡Viva la Libertad!»

» Cuando la resolución que excita vuestros entu-
» siasmos traspase el océano, la gigante nación se pon-
» drá en pie, os batirá las palmas, y llena de orgullo
» exclamará: ésos son bien dignos de pertenecerme,
» bien dignos del nombre francés: ellos han salvado
» entre peligros la gloria de la Francia!».

Estas palabras, pronunciadas en el elocuente idioma de Rousseau, con la pasión y el fuego que dominaban á Pacheco, entusiasmaron á los soldados franceses, los que, desde la plaza Constitución, fueron á la de Cagancha, dando vivas al Ministro de la Guerra, á la República, á la Libertad y á la Francia, disolviéndose en la última de las plazas citadas y entregando las armas á Pacheco, en su calidad de delegado del Poder Ejecutivo.

Inmediatamente corrieron á presentarse al virtuoso don Joaquín Suárez, para pedirle que utilizara sus servicios como ciudadanos uruguayos.

El esclarecido anciano les aceptó el ofrecimiento, ahogado en llanto, proclamándolos de nuevo Melchor Pacheco, que los llamó, en un arranque de magnífica elocuencia, hijos de los vencedores de Austerlitz y de Marengo, entregándoles la cucarda con los colores nacionales, la que se pusieron sobre el pecho, semejando las primeras huestes cristianas cuando se ponían la cruz para combatir las invasiones de los pueblos bárbaros.

Era necesario talento, y más que talento, maña política, para hacer renunciar su ciudadanía á hijos de la Francia, tan celosos, como lo son, del sentimiento patrio.

Sin embargo, Pacheco lo consiguió, y á pesar de sus

grandes esfuerzos por fortalecer la Defensa, no dejó de calumniársele y hacerle aparecer ante los ojos de la opinión pública como un demagogo ó ambicioso vulgar.

Hombre de talla gigantesca, tenía, como todos los de su estirpe, gran número de enemigos, los que trataban de arruinarle, de motejarle y de perderle en todo momento.

Don Joaquín Suárez, cuyas virtudes y abnegaciones ejemplares nadie se atrevería á desconocer, se contó también en el número de los adversarios de Pacheco, y no quería que éste, una vez retirado el general Paz, tomara el mando del ejército y la dirección de la guerra.

Sucedía, pues, que cualquier cosa desfavorable que le dijeran de Pacheco, si bien no la creía, la toleraba al menos, dada su animadversión hacia la persona de aquel pundonoroso militar.

Una de las acusaciones que ha pasado á la posteridad, y que, á resultar cierta, hubiese sido una gran mancha para su memoria, es la imaginaria revolución al Gobierno de la Defensa, lo que no deja de ser más que una vil trama, urdida por sus enconados adversarios políticos de entonces.

El único argumento que emplean los que pretenden justificar ese *motín fracasado*, es una carta confidencial de Suárez á Rivera, la que nada prueba respecto á Pacheco y que evidencia, hasta cierto punto, lo infundado de la acusación.

El documento de la referencia está fechado en Montevideo el 29 de octubre de 1844, y su parte substancial es la siguiente: « Pacheco proyectó el día antes

» de recibirse Sayago del Ministerio, echar abajo por
» entero al Gobierno Constitucional, quitar las Cá-
» maras y apoderarse de toda la autoridad bajo el
» carácter de General ó gobernador militar. En efecto,
» esa tarde trajo á la plaza una batería volante de
» cuatro piezas que causó inquietud, y yo mismo pasé
» á informarme del oficial que las conducía, el objeto
» que tenía y qué órdenes había recibido.

« Después supe que esa noche pensaba dar el golpe
» y publicar al amanecer un manifiesto (1) ».

Y, á renglón seguido, agregaba esta frase irónica: *este loco nada había dicho á Flores, Batlle, Díaz y demás jefes.*

¿Qué persona que tenga ligeras nociones de filosofía histórica, puede creer en este atentado ilusionario?

¿Cómo Pacheco, teniendo un ascendiente tan poderoso sobre los jefes citados, no les hizo saber sus intenciones, y cómo Suárez, conocedor de los proyectos de su Ministro de la Guerra, no lo depuso en el acto?

Para llevar á cabo una revolución semejante, ¿no era menester esperar la obscuridad y el silencio de la noche?

Y, ¿por qué no dió el golpe?

Aunque sólo la más débil idea revolucionaria hubiese cruzado por la mente de Pacheco, éste, conocida su audacia y talento, no habría cometido el error de llevar baterías á la plaza pública en pleno día, ni mucho menos guardar silencio á militares y camara-

(1) De-María: *Anales de la Defensa de Montevideo.*

das sobre los que él tenía una influencia ilimitada, como lo testimonian sucesos posteriores.

La prueba falla por su propia base y la imputación queda destruída por completo.

En cuanto á la carta de Suárez, ella se explica por el apasionamiento de la época, pues el Presidente, aunque era más justo que Catón, tenía como éste sus debilidades y sus yerros, puesto que ellos son inherentes á todo sér humano, incluso los elegidos.

Al poco tiempo de dirigida la comunicación de que nos ocupamos al general Rivera, un grave incidente vino á cambiar el curso de los acontecimientos.

Un individuo apellidado Ravena, desertó de un buque de guerra brasileño y fué tomado prisionero por la Legión Italiana.

Los brasileños reclamaron la entrega del desertor, pero como lo hicieran acompañados de un aparato hostil de la escuadra, Pacheco y Obes se trasladó al bergantín de guerra nacional *28 de Marzo*, con el propósito de rechazar por la fuerza cualquier avance de la escuadra brasileña, recibiendo allí la intimación de entrega del requerido, á lo que contestó, invocando el nombre del Gobierno, «que el reclamado » sólo saldría de allí cuando se tratara el asunto » como se hacía entre pueblos civilizados, y, sobre » todo, cuando no quedaran vestigios del aparato bé- » lico que tenía á su vista.»

Pero el Presidente de la Defensa y don Santiago Vázquez, temerosos de que se enardecieran los ánimos y se produjera un conflicto, tienen una conferencia con el almirante don Juan Pascual Grenffel y se apresuran á solucionar el incidente con el Minis-

tro brasileño, sin consultar á Pacheco y antes de que la escuadra imperial hubiera tornado á su fondeadero.

El Ministro de la Guerra encontró todo eso depresivo para el honor nacional, y, herido por la actitud del Gobierno, presentó su dimisión en una nota agria y descomedida.

Suárez aceptó inmediatamente la renuncia y nombró para sustituirle al general Bauzá.

Apenas enterado el ejército de la separación de Pacheco—al que profesaba una ciega idolatría—tomó las armas y se rebeló.

El Poder Ejecutivo, haciendo entonces uso de las facultades extraordinarias que le concede la Constitución, decretó el destierro de Pacheco, quien, á pesar de tener en su favor las simpatías del soldado, supo resistirlas, embarcándose con destino á Río Janeiro en la fragata francesa *L'Africaine.*

Este caballeresco procedimiento de Pacheco prueba, de una manera concisa y terminante, que no era hombre de motines, pues si tal hubiese sido, muchas veces pudo haberse apoderado del mando supremo, valiéndose precisamente de ese cariñoso afecto y de la lealtad extrema que le demostraban sus subordinados.

Al alejarse del suelo de la patria, su alma de poeta sintió los agudos estremecimientos del dolor, arrancando á su lira de oro las bellas estrofas que van á leerse é intituladas «Adiós».

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelve la espalda á la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osada cruge la espumante prora;
¡Ay del que en brazos de fortuna ingrata
Ve de su patria la postrer aurora!

En el mastil un pabellón ondea
Y el desterrado con dolor le mira:
¡No es el de nueve fajas que flamea,
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave
Á demandar al extranjero tierra...
¡Dios á la patria de la mancha lave
Y le dé el triunfo en su gloriosa guerra!

Habiendo rechazado de lleno, tanto el cargo de Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno brasileño, como la pensión que se le asignó para que atendiera durante el destierro á las necesidades de la vida, se vió, más de una vez, en duros trances y hasta privado del sustento.

Sin embargo de esto, jamás salió de sus labios, ni brotó de su pluma, una frase de censura para sus conciudadanos, y, por el contrario, los defendía cuando alguien les acusaba de ingratitud. Así se explica que, en contestación á una carta de su amigo don Bentos González de Silva, se expresara en estos términos el 1.° de abril de 1845: «En cuanto á mí, decíale, si » es cierto que estoy desterrado, no lo es que mi pa- » tria sea ingrata como usted lo dice, porque cuando » la he servido he cumplido con mi deber, y nada más; » de suerte que nada tiene que agradecerme.»

Y quien empleaba un lenguaje tan patriótico, sentando principios de verdadera moralidad cívica, daba fin á su misiva agradeciendo el ofrecimiento de dinero que se le hacía, para rogar á su camarada que

le consiguiera un empleo de acarreador de ganado ó de mayordomo de una estancia!..

Por suerte, el distinguido organizador de la Defensa de Montevideo no tuvo que recurrir, como en los años de la juventud, á los trabajos camperos. Su presencia era necesaria en la ciudad sitiada, para garantizar el triunfo de la buena causa.

El Gobierno, que participaba de esta idea, le dió orden de regresar cuanto antes á la Capital, *por necesitar la República de sus importantes servicios* (1). Pacheco, que nunca había albergado odios insanos en su corazón, se puso en marcha hacia la tierra de sus caros ensueños, y el 1.° de diciembre de 1845 las voces de cuatro mil soldados lo victoreaban en unísono coro, con entusiasmo delirante, como en los mejores días pretéritos, cuando, al frente de cien troyanos, derrotaba cerca del Cerro á una columna enemiga y caía muerto el general oribista Ángel Núñez.

Al día siguiente se le nombró, por decreto, Jefe de la 1.ª división del ejército, haciéndose cargo inmediatamente del puesto que le confiaba el Gobierno nacional.

Como acostumbraba á hacerlo, proclamó en persona á sus soldados, recordándoles que juntos habían sufrido los sinsabores del Sitio y que juntos gozarían, tal vez en época no lejana, de las caricias embriagadoras de la victoria.

Aun no hacía un mes que ocupaba este nuevo destino, cuando estalló un motín en la 4.ª compañía de

(1) Párrafo de la nota pasada al Ministro uruguayo en Río Janeiro.

la Legión Italiana. Gracias á sus esfuerzos y á la eficaz ayuda de algunos oficiales de la Legión, pudo restablecerse la calma y aprehender á los culpables.

Una orden general, dictada por Pacheco el 15 de diciembre, nos demuestra qué clases de medidas se tomaron para que hechos tan bochornosos no se repitieran con frecuencia.

« El Gobierno ha determinado, dice aquélla, que » sean expulsados del país los promotores del desorden, lo que tendrá lugar irremisiblemente el día de » mañana. Que este acto de rigorosa justicia, sea un » saludable ejemplo para aquellos que no conozcan » que el primer deber del hombre á quien la sociedad » confía sus armas, es proteger el orden público en » vez de perturbarlo. »

Este era el único modo de imponer el orden y el respeto á la autoridad; por eso, Pacheco imprimía á la Defensa una fuerza prodigiosa, siendo su voluntad de hierro el ariete formidable contra el cual se estrellaba la prepoténcia liberticida de los déspotas.

Pero, parece que la desgracia le perseguía con tesón y que el ave negra de los odios desplegaba sus alas fatídicas sobre su cabeza de luchador.

Acontecimientos tristes de recordar debían sucederse en breve, y ser, para Pacheco, funestos en alto grado.

El general Rivera, ex Presidente de la República y, en esa época, emigrado político, decidió venir á Montevideo, por haberle escrito don José Luis Bustamante que no se le impediría el desembarque, llegando al puerto, el 18 de marzo de 1846, á bordo del bergantín español *Fomento.*

Pretextando que su estadía en la Capital sería breve, puesto que pasaba de viaje para el Paraguay, elevó un comunicado al Gobierno, pidiéndole su autorización para bajar á tierra, la que le fué denegada, lanzándose, además, un decreto por el cual se dejaba sin efecto su misión al Paraguay y se le desterraba fuera de cabos.

Empieza entonces una polémica entre Rivera y el Gobierno.

Mientras se efectuaba este cambio de notas, doña Bernardina Fragoso, señora del General, secundada por algunos partidarios del caudillo, tramaba sigilosamente una revolución que, triunfante, permitiría á su esposo quedar en Montevideo.

Pacheco y Obes, que conocía los trabajos de los riveristas, lanza una proclama el 29 de marzo desde la línea de la Defensa, en la que aconseja el respeto á las leyes y á los poderes constituídos, agregando que serían unos candomberos quienes pretendieran echar abajo á la autoridad legalmente constituída.

A pesar del celo desplegado por el jefe de la primera división, el movimiento había tomado grandes proporciones.

En las primeras horas de la mañana del 1.° de abril de 1846, dos sargentos del 4.° batallón que comandaba César Díaz, son los primeros que se insurreccionan al grito de ¡viva Rivera!, plegándoseles en seguida el batallón 5.° y los legionarios extranjeros.

Al principio, los revolucionarios no encuentran jefe á quien darle la dirección del movimiento, pero, después de algunas deliberaciones, se deciden confiarla

á un mayor riverista llamado Luis Almada, el cual días antes había sido preso por creérsele complicado en trabajos subversivos.

Acto continuo, se dirigen á tomar la Comandancia de Marina, donde se resiste con heroísmo singular, durante dos horas, el coronel Jacinto Estivao, tan galano escritor como pundonoroso militar, cayendo muerto en la acción, al lado del joven teniente Lorenzo Batlle, llamado á hacer una carrera brillante, tanto por sus relevantes dotes de inteligencia como por las bellas prendas de carácter que le adornaban.

Los jefes de la revolución piden entonces que se libre despacho para que pueda desembarcar Rivera, á lo que se opone Pacheco, diciendo que él iba á marchar contra los insurgentes.

El Ministro francés, compadecido del triste espectáculo que ofrecían los sitiados á la vista del enemigo, entra á hacer el papel de mediador y, luego de tener una conferencia con Pacheco, logra persuadirlo de la conveniencia que existía para la Defensa en que terminase á la brevedad posible la lucha civil.

A las pocas horas de esta entrevista, Rivera desembarca acompañado de un sacerdote Vidal, y Pacheco se embarca en *L'Africaine,* con el propósito de evitar, en todo lo que estuviese á su alcance, el derramamiento de sangre entre los que defendían la libertad de la patria.

Esta vez, la actitud del vencedor de Haedo no pudo ser más triste é incorrecta.

Jamás un hombre de sus antecedentes debió fomentar la discordia entre sus hermanos, incitando las pasiones, los afectos y los intereses hasta el punto

de desgarrar, con una lucha fratricida, el corazón de un pueblo que luchaba denodadamente contra un ejército extranjero.

Si él era hombre de valimiento y su presencia en la Capital llegaba á hacerse necesaria, ya el Gobierno trataría de buscarle y de utilizar para el bien común sus aptitudes, reivindicándose así ante la sociedad y el partido.

El general Rivera olvidó en esta circunstancia que el motín sólo es empleado por el cobarde y el desleal, y que el arma de los grandes y los fuertes es la que proporciona el curso natural de los sucesos.

Pacheco y Obes demostró, por el contrario, mucho más patriotismo.

Viendo que su permanencia en Montevideo se hacía difícil, estando Rivera investido del cargo de General en jefe del ejército, no trepidó ni un solo instante en salir del país.

Una grave enfermedad, ocasionada en gran parte por la tristeza que le produjo la muerte de Estivao, —el amigo querido que le había acompañado en las horas amargas del destierro y el héroe que, momentos antes de morir, había respondido á la voz de rendición: *Pacheco me encontrará vivo ó muerto en el puesto en que me ha dejado,*—puso en serio peligro su preciosa vida.

Esta circunstancia hizo que no pudiera partir á su ostracismo voluntario hasta el 23 de julio, en cuya fecha partió á bordo del navío de guerra *Proserpina,* dejando por segunda vez á la ciudad troyana en lucha abierta con el poder del tirano argentino.

CAPÍTULO VII

SUMARIO.—Retorna de nuevo á la patria.—Le Prédour y la paz.—Oposición de Pacheco.—Es enviado en misión diplomática cerca del Gobierno francés.—Importancia de esta misión.—Curso del negociado y paz del 8 de octubre.

El Gobierno de la Defensa había creído conveniente utilizar los servicios de Pacheco en el extranjero, confiándole el cargo de Ministro Plenipotenciario cerca de las repúblicas de Bolivia y Venezuela.

Esta misión tendría por objeto el arreglo definitivo de límites entre varias potencias americanas, y ver si se podía efectuar un movimiento de opinión contrario á los planes y pretensiones del dictador Rozas; « todo lo cual estaba consignado en una erudita memoria escrita por don Francisco Magariños, persona de reconocida competencia, que, después de la muerte de los señores Lucas José Obes y Santiago Vázquez, había pasado á ser el consejero de confianza del general Fructuoso Rivera. » (1)

El erario público no estaba en condiciones de sufragar gastos de esa naturaleza.

(1) Alberto Palomeque: *Estudios históricos.*

Así lo comprendió el doctor Manuel Herrera y Obes, cuando subió al Ministerio en 1847, dejando sin efecto la misión Pacheco y nombrando, en cambio, á don Andrés Lamas Ministro Diplomático cerca del Gobierno del Brasil, medida ésta impuesta por las necesidades de la política, como el medio más seguro para destruir las tramas del representante argentino en el Janeiro.

Lamas se trasladó inmediatamente á la capital fluminense á hacerse cargo del nuevo puesto y á empezar los trabajos que, con tanto éxito, debía terminar.

Este ciudadano era, como sabemos, íntimo amigo de Pacheco, desde que había desempeñado las altas funciones de Jefe Político y de Policía del Departamento de la Capital. Por esto, apenas se hubo enterado de la situación en que aquél se encontraba, escribió al Ministro de Gobierno, aconsejándole que le llamase, *por ser el único hombre capaz de organizar el ejército de la Defensa.*

Las relaciones de don Manuel Herrera con su pariente Pacheco, eran poco cordiales, pero esto no obstaba á que reconociera sus múltiples talentos y le profesara cierto afecto.

Sucedió, pues, lo que era de esperarse.

Al contestarle á Lamas su comunicación, le decía lo siguiente, refiriéndose á Pacheco: «Á Melchor se » manda permiso para venir, ó mejor dicho, se le » manda venir. Era injusto, brutal é impolítico que » el Gobierno permaneciese por más tiempo impo- » niendo á un militar, tan meritorio como Melchor, un » destierro sin delito ni autorización gubernativa que » lo autorice, y, sobre todo, sin darle medios para vi-

» vir con la decencia que corresponde á su rango y » antecedentes. »

El regreso de Pacheco estaba, como se ve, oficialmente ordenado por el Gobierno de la Defensa.

Á pesar de esto, el 14 de enero de 1849, cuando se le iba á dar pasaporte para que pudiera retornar á Montevideo, se opone á ello el Ministro de Rozas, general don Tomás Guido, en un escrito que presenta al Ministro de Relaciones Exteriores, alegando en él que la presencia de Pacheco, en la metrópoli uruguaya, ocasionaría serios ó inmensos disturbios y que, en caso de dársele pasaporte, el Brasil no guardaría la neutralidad que las circunstancias requerían.

El pretexto aducido no podía ser más inmotivado. ¿Qué le importaban al Ministro del tirano de las vicisitudes que pudieran sobrevenir á Montevideo, cuando á ella llegase el ilustre desterrado?

Lo que había en el fondo era una cuestión puramente política.

Conocidas desde 1845, cuando el arribo á ésta de Ouseley, las ideas de Pacheco respecto á las intervenciones extranjeras en los negocios del Plata, veía en él á un enemigo temible del tratado que Le Prédour acababa de ajustar con Rozas, teniendo en cambio un adicto en el doctor Manuel Herrera y Obes, que era, por el contrario, amigo de la intervención y hasta creía en la buena fe de Le Prédour, lo que se comprueba de una manera real y positiva en una carta que le dirige á don Andrés Lamas el 27 de abril de 1849, en la que le dice textualmente lo siguiente:

« Parece que Mr. Le Prédour ha concebido un con» venio en *extremo favorable para nosotros.*

» La evacuación previa del territorio por las tropas » argentinas, la renuncia de Oribe á la Presidencia, » la organización de un Gobierno provisorio y la libre » elección del permanente ó definitivo, están ya acor- » dadas y aceptadas por Oribe, estando á lo que ayer » me ha dicho Mr. Devoize. »

Sabedor el jefe de la Defensa de que el Almirante se había presentado al Gobierno, á fines de 1848, declarando haber recibido órdenes de trasladarse á Buenos Aires, para proponer á Rozas la paz, cuya medida significaba, según su palabra, un ultimátum de la voluntad de Francia, protesta enérgicamente, pues transcurridos cuatro meses aquella simple propuesta tomaba forma de tratado diplomático, lo que sería la ruina inevitable de la patria, y pide que se rompa la guerra, á pesar de la presencia del Almirante en Buenos Aires.

El presidente Suárez y su ministro Herrera seguían opinando que debía esperarse en el buen resultado de las negociaciones, pero nó compartían de esta opinión el pueblo, el ejército y el coronel Lorenzo Batlle que ocupaba el Ministerio de la Guerra, y quien, secundando las ideas de Pacheco, presentó renuncia indeclinable, después de un conflicto tenido con el Gobierno, á causa de la intransigencia de Mas y en parte del propio Ministro de Relaciones, el cual provoca la renuncia de Pacheco y la crisis ministerial consiguiente, agravada por la oposición de Bernabé Magariños á una moción presentada al Consejo de Estado por Carlos de San Vicente, en la que se pedía la vuelta de Pacheco á su destino.

Una nueva revolución se esperaba por momentos,

cuando regresa á Montevideo el señor Le Prédour, portador del tratado *ad referendum* celebrado con Rosas.

Aquél, como lo había previsto el agudo ingenio de Pacheco, sacrificaba á la plaza, asegurando el triunfo del tirano porteño con la base secreta en que se estipulaba la entrega de la Presidencia á Manuel Oribe.

El Almirante intentó por todos los medios posibles imponer los tratados á la ciudad, amenazando á sus defensores con retirarles el apoyo de la Francia; pero el Gobierno, firme y fuerte en su derecho, respondió con altivez, diciendo que estaba resuelto á hundir á Montevideo en sus ruinas, antes de firmar una paz deshonrosa para el país.

En virtud de esta negativa, las bases de la negociación son enviadas á Europa, y Melchor Pacheco, cuya cabeza pensadora acababa de salvar la independencia de la República, es encargado de guardar en París el honor nacional y de obtener un arreglo definitivo en los asuntos del Plata.

El nuevo diplomático, investido del alto cargo de Agente Confidencial, iba á empezar sus trabajos en un período de grandes agitaciones políticas, en que aún resonaban voces de protesta contra el movimiento eleccionario de 1848, que había sentado en la presidencia de la República á Luis Napoleón, último vástago de los Bonaparte.

Pero el genio de Pacheco supo vencer en gran parte estas dificultades.

En esos días de su llegada á Francia, se iban á empezar á tratar en la Asamblea Nacional las ya célebres cuestiones de América, que tenían en suspenso, de

tiempo atrás, la atención del pueblo francés, cuya simpatía por la causa de la Defensa era de todos conocida.

La actividad de Pacheco y Obes empezó entonces á desplegarse.

Visitaba diariamente á Thiers, Lainé, Cormenin y Dumas, á los que había comprometido á defender en la Asamblea los derechos de Montevideo.

Además, tenía audiencias diarias con el Presidente, y en todas ellas le invitaba, dice el doctor Ellauri, á que rechazara, por el mismo decoro de la nación francesa, el tratado de Le Prédour.

La prensa y la tribuna fueron sus armas de combate.

Queriendo desautorizar algunas especies malévolas que habían echado á correr los escritores á sueldo de Rozas, con la intención de dañar los intereses de los defensores de la ciudad heróica, dirige un artículo al director del diario *La Patrie*, el 29 de diciembre de 1849, en el que se trasluce, como á través de un prisma, el amor sin mácula que profesaba á los principios que se defendían dentro los muros de la Nueva Troya.

Terminaba su comunicado, después de probar que los hechos á que se habían hecho referencia eran inexactos, con las siguientes frases, muy dignas de quien las escribía: «Yo no sé la suerte que el Destino guarda « á Montevideo; pero sí sé que no será jamás para la « Francia una Argelia; porque la Francia tiene res- « pecto á él ideas de otra elevación que las de con- « quista, y porque, en el caso contrario, los hombres « que la defienden tendrían suficiente patriotismo « para sucumbir mil veces, antes de consentirlo. Vos,

« señor Redactor, sabéis bien que no sólo á los pue-
« blos grandes está reservado el tener dignidad y
« patriotismo ».

Mas, á pesar de la gran propaganda de Pacheco, nada de positivo se adelantaba.

La discusión en las Cámaras había terminado el 7 de enero de 1850, y las cosas seguían como siempre: ni se iba adelante ni se retrocedía.

Un brusco cambio de Ministerio se efectúa entonces, y la influencia inglesa hace que éste se ponga desde el primer momento en pugna con Thiers, cuyo influjo sobre la mayoría de la Asamblea era considerable.

Así, pues, Luis Napoleón y sus nuevos ministros trataban de aprobar el Tratado, á lo que se oponía, con una resistencia digna de todo elogio, el Ministro de Negocios Extranjeros monsieur De la Hitte, haciendo en este largo y debatido asunto cuestión de cartera.

Como se ve, los acontecimientos eran en apariencia favorables á Montevideo, puesto que tenía el apoyo del pueblo, de la Asamblea y de un Ministro cuya sola influencia era tan poderosa como la de todos sus colegas.

Las Cámaras habían votado también un crédito de un millón doscientos mil francos, á título de anticipo, en favor del Gobierno de Montevideo, y hasta la prensa parisiense parecía acompañar en su simpatía á los que se interesaban en el triunfo de la Defensa.

Pero esto era pura hojarasca, y Pacheco empezó á comprenderlo.

Las promesas oficiales que se hacían no eran jamás

cumplidas, dándole esto ánimo para venir hasta el Janeiro y dar cuenta al Ministro Lamas del estado en que se encontraban las cosas en Francia.

En este intervalo, vino á Montevideo un cuerpo expedicionario al mando del coronel Bertin du Chateau.

Pacheco, indignado con la conducta anterior del Gobierno francés, comenzó á mandar artículos á los diarios y periódicos más caracterizados de París, censurando duramente la manera de ser de Luis Bonaparte y acusándole de haber querido nombrar en 1849 interventor, en los negocios del Plata, al contralmirante Deffossés.

El sólo hecho de haber publicado tales artículos contra la primera autoridad de Francia, le inhabilitaban para seguir desempeñando las tareas de Agente Confidencial.

Aunque mediaban estas circunstancias, don Manuel Herrera y Obes era de opinión que, después del rechazo que había sufrido en Inglaterra el tratado de Mr. Southern, se imponía la presencia de Pacheco en París.

Ordenado su regreso, emprendió viaje en septiembre de 1850, en completa desinteligencia con el ministro Herrera.

Llegado que hubo á Francia, presentó sus credenciales al Gobierno, el que se rehusó al principio á recibirlo en la categoría de representante diplomático, ocasionando esto una fuerte protesta del Ministro uruguayo, quien prometió retirarse á su país, en el caso de que no fuese recibido Pacheco con el rango que le había conferido el Poder Ejecutivo del Uruguay.

Esta levantada actitud del doctor Ellauri fué la salvación de la dignidad nacional, aunque para ello tuvo que hacer inmensos esfuerzos y emprender una obra de labor tenaz.

Pacheco permanecía en Francia, y, á pesar de los planes optimistas de don Manuel Herrera, las cosas seguían como antes de su partida.

¡Es que ya estaba escrito que aquel famoso negociado no debía tener fin, debiendo dormir el sueño eterno en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores!

El porvenir de Montevideo dependía única y exclusivamente de la América.

Así lo comprendieron, después de algunos serios desengaños, los políticos de la Defensa.

Don Andrés Lamas pudo al fin vanagloriarse de su constante batallar, al ver sus trabajos coronados por el éxito, firmando un tratado con el Brasil, bajo las bases de la libre navegación de los ríos; reglamentación de fronteras; cuestión de límites; independencia del Estado; elección libre, sin candidato impuesto; amnistía completa y apoyo á los gobiernos constitucionales hasta que cumplieran su período.

Don Manuel Herrera, impulsado por su sincero patriotismo, hizo entonces dos viajes de incógnito al campamento de Urquiza, y logró que este caudillo aceptase el tratado y entrase en la unión el 16 de marzo de 1851, comprometiéndose de manera solemne á trabajar por la pacificación de la República y echar abajo el poder omnímodo de Rozas.

La patria iba, pues, á salvarse merced al esfuerzo de sus dignos hijos.

CAPÍTULO VIII

Papel que desempeña en la política de partido—Juan Carlos Gómez, Melchor Pacheco y César Díaz—Revolución de julio—Sucesos posteriores—Muerte de Rivera y alejamiento de Pacheco.

El 1.° de diciembre de 1851 fallecía á consecuencia de un aneurisma el general Garzón, que después del pacto de Octubre, era el candidato popular á la Presidencia de la República.

Todas las miradas se fijaron entonces en el doctor Manuel Herrera y Obes, persona de acrisolada honradez ciudadana y de grandes y reconocidos talentos, que había realizado la unión entrerriana, correntina y uruguaya, para dar fin á las calamidades de América con el derrocamiento del bárbaro Rozas.

Pero causas de un orden secundario, entre las cuales pueden contarse el raquitismo de ciertos espíritus, hicieron que la Asamblea le negara su voto y saliera electo el 1.° de marzo de 1852 don Juan Francisco Giró, cuya exaltación al poder importaba el triunfo del partido Blanco, y por consiguiente, el de las teorías de gobierno de los políticos del Cerrito.

Pacheco y Obes fué impuesto en Lisboa de estos

sucesos y, viendo la gravedad que investía la elección del señor Giró, bajó en Río Janeiro á fin de ponerse al habla con el general Rivera.

El jefe de la Defensa no dejaba de reconocer el poderoso influjo que poseía sobre las masas populares el bravo vencedor de Yucutujá.

Así fué que conferenció con él largamente, poniéndose de acuerdo para trabajar unidos en la restauración del régimen de los defensores de Montevideo. (1)

(1) Por la carta que va á leerse, dirigida por el General Rivera á su esposa, desde Río Janeiro, el lector se dará más perfecta idea de la manera cómo se habían comprendido y cómo habían simpatizado estos dos hombres excepcionalmente grandes en el escenario político de la República.

« Río Janeiro, 11 de Setiembre de 1852.

» Mi amada Bernardina:

» El general Pacheco y Obes es el portador de la presente, » y él te instruirá del estado de mi salud y demás circuns- » tancias. Espero que le prestarás atención y procurarás que » todos nuestros amigos convengan y cooperen con él á res- » tablecer una perfecta inteligencia en todos los hombres, sin » ninguna excepción, por el bien de la patria. Ella necesita » el sacrificio de todos sus hijos, y nadie tiene el derecho de » negarse cuando la salud de la patria lo reclama.

» El general Pacheco te indicará toda la prudencia que se » necesita para no agriar los ánimos, y que nadie tenga de- » recho de quejarse de que no estamos en el buen camino.

» Los orientales somos muy pocos, las luces han desapare- » cido con las fortunas, y sería una fatalidad si continuára- » mos hostilizándolos, á uno porque corrió y al otro porque » se mantuvo firme. Es necesario que todos vayamos por el » camino de la paz, del orden y del progreso. Esas son las » ideas favoritas de nuestro amigo, y no puedo creer que haya » un solo oriental, que tenga corazón, que no se preste á con- » tribuir con él al engrandecimiento y dicha del país. Tu fiel » esposo.

Fructuoso Rivera.»

Pacheco retorna á la patria en seguida de esta conferencia.

En la Capital, un círculo de ciudadanos dirigidos por Juan Carlos Gómez y César Díaz, trabajaba con ardoroso ahinco para hacer cambiar de política al gobernante, lo que no sería difícil dada su debilidad.

Los autores principales de estos trabajos eran personas ventajosamente conocidas en el escenario político é intelectual, empezando por el doctor Gómez, un eminente publicista, poeta y orador, que al principio de la guerra había emigrado á Chile, quizás por no contemplar las calamidades porque atravesaba el país. Hecha la paz, viene á la metrópoli y funda un diario oposicionista, por cuya ardiente propaganda podía verse cuáles eran los móviles que perseguía.

César Díaz, más conocido y prestigioso que Gómez, era un militar de órden y respeto á las instituciones, que, durante los nueve años del Sitio, había defendido con desinterés y heroísmo la causa de la civilización. Joven, inteligente é instruído tenía muy fundadas ambiciones de gobierno, lo que le hacía obrar á veces con excesiva premura.

Pacheco, Gómez y Díaz iban, pues, á trabajar por el partido de la Defensa.

Las reuniones tenían lugar en la casa de Juan Carlos Gómez, discutiéndose en ella la forma y fecha en que se ejecutaría el movimiento revolucionario que se preparaba.

Después de algunas breves deliberaciones, quedó estipulado que sería el 18 de julio, aprovechando así el momento de la parada militar.

La revolución que iba á efectuarse no podía ser más justa.

Alejadas del Gobierno las más grandes y descollantes personalidades políticas de la República, por el hecho de pertenecer al viejo partido de los amigos de la Libertad, era todo un caos, y los conflictos entre los representantes de las naciones extranjeras y el Poder Ejecutivo, estaban, al parecer, de moda.

Lo único que puede sentirse es que haya corrido sangre en ese día en que se afianzó la conquista de los derechos ultrajados de un pueblo que había derramado su sangre por obtener su libertad.

Ya la hora decisiva había sonado.

Las tropas de línea, al mando del bravo coronel León de Palleja, estaban formadas á lo largo de la calle Rincón, donde esperaban á que pasara la Guardia Nacional, compuesta de una veintena de jóvenes de familias conocidas, de dos compañías de pardos y doscientos hombres de la Unión.

Al pasar estas tropas mandadas por don Pantaleón Pérez, Palleja y los suyos cortan la cola de la columna, con lo que comienza el desorden.

La voz varonil de Palleja se hace oír de nuevo y, al grito de «¡Fuego á esa canalla!», los guardias nacionales son completamente dispersados.

César Díaz, que estaba en los balcones de su casa, es llamado por el coronel Palleja, como asimismo Pacheco y Obes que se encontraba en el interior de la Iglesia Matriz, acudiendo ambos jefes al llamamiento y poniéndose al frente de la revolución.

Á las pocas horas la calma quedaba restablecida, y sólo era de lamentarse la vida de los jóvenes Dubroca, Pozzolo y Juan Tomás Núñez.

Como consecuencia del triunfo del movimiento revolucionario que acababa de producirse, fueron llamados á desempeñar las carteras de Hacienda y Guerra, respectivamente, los señores doctor Manuel Herrera y Obes y coronel Venancio Flores.

Triunfante la revolución, Giró no miraba con buenos ojos la estadía de Pacheco en el país y trató de alejarlo haciéndole ofrecer, por medio de su secretario, un cargo diplomático en el extranjero. El jefe de la Defensa se rehusó á aceptarlo, apresurándose á manifestar al señor Presidente que él saldría en breve de la Capital, si su presencia en ella importaba un peligro para el Gobierno.

Ante su respuesta decisiva, se le confía la conservación del orden público.

El Gobierno estaba perdido de hecho.

Los enemigos de su política habían conseguido los primeros puestos en la Administración, y conseguido lo más, justo era que trataran de conseguirlo todo.

Participando de estas ideas, exigen al Poder Ejecutivo el nombramiento de tres Jefes Políticos, para los Departamentos de Salto, Durazno y San José.

Al principio, el Presidente se resiste, pero luego no tiene más remedio que ceder á las exigencias de la oposición.

Viendo ya cerca la hora postrera de su presidencia, se decide á abandonar el Gobierno el 24 de julio de 1853, refugiándose en la casa de la Legación francesa, ocupada entonces por el señor Maillefer.

Desde este asilo y en consorcio con don Bernardo Berro, su consejero y amigo de confianza, proclamó á los legionarios extranjeros, incitándolos á rebelarse

contra el coronel Flores que, en forma de interinato, había tomado las riendas del Gobierno.

Pacheco contestó á la proclama del Presidente caído, recordando á los legionarios los «momentos de » prueba en que luchaban dentro de los muros de » Montevideo contra el avance del despotismo y la » barbarie ».

A pesar de esto, algunos partidarios del señor Giró empuñan las armas en campaña, mas se ven obligados á deponerlas el 28 de agosto, y el ex-gobernante, temeroso de ser víctima de algún complot, se traslada á bordo de la fragata *Andrómeda.*

Don Venancio Flores, inspirado quizás por el doctor Herrera, solicitó entonces de la Comisión Permanente la reunión de la Asamblea General, y como ésta no se reuniera de inmediato, convoca al palacio de Gobierno á los principales hombres del país, quienes organizan un triunvirato compuesto de los generales Fructuoso Rivera, Juan Antonio Lavalleja y coronel Venancio Flores.

La obra no podía ser más grande: las aspiraciones de Pacheco se habían realizado.

Tres ciudadanos honorables regirían los destinos de la Patria, y las divisiones y los odios de círculos desaparecerían, obedeciendo á las propias leyes de la evolución.

El pueblo, que es siempre el verdadero juez de los actos del hombre de gobierno, recibió la noticia del Triunvirato con verdadero júbilo.

Como en todo lo que se comienza con entusiasmo, las medidas gubernativas se dictaron sin dilación.

Así fué que, el mismo día del 25 de septiembre, que-

daron elegidos los triunviros, nombrando éstos sus secretarios de Estado, cuya designación recayó en las personas de Juan Carlos Gómez, Lorenzo Batlle y Santiago Sayago, los que inmediatamente tomaron posesión de los cargos y empezaron sus tareas atendiendo los asuntos administrativos de más urgencia.

Pacheco fué nombrado jefe de Estado Mayor, y desde este alto puesto pudo dominar con mayor facilidad á Lavalleja, de modo que él era en realidad el verdadero triunviro.

El héroe de Sarandí se declaró, desde los primeros momentos en que fué electo miembro del Gobierno Provisorio, afiliado al partido troyano, manifestando, además, que «Dios había querido que pusiera su es- » pada al servicio de la causa de sus afecciones ».

Restablecida la paz en todos los ámbitos de la República, creyó Pacheco que no debía quedar por más tiempo al frente del Estado Mayor, presentando renuncia el 10 de octubre de 1853, con lo que probó una vez más que no le guiaban ambiciones personales cuando se enrolaba en un movimiento cívico, sino el amor á la patria y á los principios que había defendido desde los primeros años de su juventud.

Juan Carlos Gómez y Lorenzo Batlle no querían que se le aceptase la renuncia, siendo contestada su nota en sentido negativo al objeto que en ella perseguía. Pacheco eleva entonces una segunda nota concebida en estos términos: «Las noticias felices para » el país que hoy celebra la Capital del Estado, me » habilitan para insistir en la renuncia de la comi- » sión que desempeño.

» La paz está afianzada. En toda la Nación se ve » acatada la autoridad del Gobierno.

» Mi permanencia en ese destino no tiene ya nin- » gún objeto de conveniencia pública, y debe, por lo » mismo, serme permitido proceder como me manda » mi conciencia.

» Eso es lo que á S. E. pido se sirva recabar de la » superioridad ».

Dado el carácter de indeclinable con que formulaba su dimisión, ésta le fué aceptada, y al agradecerle sus importantes servicios, el Gobierno se lamentaba de que no le siguiera reportando las luces de su inteligencia.

Á los pocos días de la renuncia del jefe de la Defensa, cae muerto el triunviro Lavalleja, el 22 de octubre de 1853, á consecuencia de un ataque de apoplegía fulminante y en momentos en que se disponía á firmar unas disposiciones gubernativas en el Fuerte.

El Gobierno del triunvirato quedaba, por esta circunstancia dolorosa, en manos del coronel Flores, quien lo confía á César Díaz, y parte para el interior á dominar la insurrección de algunos jefes oribistas que habían levantado descabelladamente el oriflama revolucionario.

En este intervalo, Díaz lanzó un decreto contra Berro, por el cual se facultaba á las autoridades de la República para prenderlo y pasarlo por las armas, sin más trámite que la justificación de la identidad de persona.

Semejante decreto sublevó el amor partidista y los sentimientos humanitarios de Melchor Pacheco, quien

desaprobó públicamente la medida tomada por el representante del Gobierno, pues, á pesar de que Berro estaba en el caso de un conspirador, no era aquella la manera legal de procederse.

Recordaba en uno de sus artículos, que la humillación y el exterminio habían sido la divisa de Rozas y el deseo constante de Oribe, y que, por eso mismo, la conducta de un partido que había rechazado con altura esas prácticas neronianas, debiera haber sido más humana y menos irritante.

Esta levantada actitud le suscitó gran número de enemigos, principalmente entre esas mediocridades que suponen que deben aprobarse, por espíritu de disciplina partidaria, los hechos malos de un gobernante.

Las críticas severas que le dirigían, llamándole jefe de los *pasteleros* y aliado secreto de los Blancos, por haber pedido á los orientales, en un importante manifiesto, el olvido de lo pasado, lo obligaron á defenderse, haciéndolo con la elevación de conceptos que en él era característica.

He aquí el texto de uno de sus últimos artículos de política, el cual revela del modo más claro la sinceridad de propósitos en los actos que tanto le criticaban. « Sin pretender la reputación de hábi-
» les, tenemos la conciencia de ser hombres prácticos,
» decía.

» Si pedimos una ley de olvido, una política de
» altura y generosidad, es precisamente porque cree-
» mos que en ella no sólo hay conveniencia para el
» país, sino que también la hay, muy grande, para el
» partido de la Defensa.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

» Viendo su vida amenazada, no sólo se han conmo-
» vido mis sentimientos de amistad, sino que además
» he visto aniquilados mis proyectos más queridos
» para el futuro de nuestra patria, pues estoy dis-
» puesto (si tenemos la desgracia de que muera) á
» dejar inmediatamente el país, renunciando para
» siempre á toda intervención en su política » (1).

(1) Transcribimos la notable carta enviada por Pacheco, desde Buenos Aires, á la viuda del General, y en cuya comunicación admira y reconoce los grandes méritos de aquel grande hombre.

«Buenos Aires, 20 de Enero de 1854.

» Señora de todo mi respeto:

» Yo no vengo á poner á los pies de usted mis consuelos inútiles, ni pésames de urbanidad; vengo, sí, á tomar parte en el dolor que la agobia; vengo á ponerme sin restricciones á la disposición de usted.

» La viuda del ilustre y glorioso general Rivera, debe encontrar en todos los orientales, amigos resueltos á servirla con respeto, con profunda adhesión. Sé esto, señora, y sin embargo me atrevo á decir á usted que mi respeto y adhesión á la viuda del general Rivera no tiene límites. Admiro más que nadie al héroe, y á nadie cedo en querer al hombre... De ello responde el dolor que hoy llena todo mi sér.

» El General está en la tumba, y para él, como para todos los grandes hombres, en ella empieza la justicia, y ofrece también ella á la amistad verdadera el crisol que ha de probarla.

» En la tumba ya nada se espera del hombre.

» Por eso, mi señora doña Bernardina, puedo hacer hoy con más desembarazo la oferta de mi pobre amistad.

» Espero que usted la acogerá bondadosa, mientras el tiempo viene á probarle que su sinceridad iguala al culto consagrado por mi alma al general Rivera.

» Adiós, señora. Dios calme el dolor de usted y le conceda los consuelos que Él sólo puede dar en circunstancias semejantes.

» Estos son los votos que con el mayor respeto pone á lo[illegible] de usted,

MELCHOR PACHECO Y O[illegible]

Pero, á pesar de estas sinceras manifestaciones, no pudo resistir á la tentación de hacer dos viajes á la patria, para tratar de unir á su partido anarquizado.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos y todas sus energías.

Viendo, al fin, que los sueños que había forjado su mente de poeta se iban á estrellar contra las duras rocas de la realidad, desistió de su generoso empeño, y retornó á la capital argentina, desde donde seguía, enfermo y pálido, como esas luces que débilmente oscilan y que están próximas á extinguirse, los acontecimientos que se desarrollaban en su país.

CAPÍTULO IX

SUMARIO.—Vida de Pacheco en Buenos Aires.—Discurso en la tumba del general Paz.—Su muerte.—Funerales y honores del Gobierno argentino.—Ecos de la prensa.

Su vida se deslizaba en Buenos Aires pobre y humildemente, como en aquellos días de la juventud, cuando un gobernante ensoberbecido y perverso le privó de su grado militar.

Vivía, puede decirse, entregado por completo á tareas intelectuales, siendo de su predilección el estudio de la filosofía de la historia, sobre cuya materia dejó escritas algunas páginas notables, según nos lo asegura un conocido hombre público que se halla ligado por lazos de parentesco á la familia de Pacheco.

El único acontecimiento importante en que descolló la personalidad del jefe de la Defensa, durante los dos años de ostracismo voluntario que precedieron á su muerte, fué el entierro del virtuoso general don José María Paz, en el que pronunció Pacheco un brillante discurso en el momento de entregar los restos del gran táctico argentino á la madre tierra.

Su palabra fué, en ese día solemne y luctuoso, la

voz del ejército uruguayo, que había declinado en él el alto honor de hacer el elogio del ilustre adalid. En el curso de su elocuente peroración bosquejó con mano maestra los principales rasgos de carácter de aquel militar culto é inteligente, que reunía á una instrucción poco común las más bellas excelsitudes del espíritu humano: sinceridad y desinterés. «Estu» diando su vida, decía Pacheco ante su féretro, ha» béis de encontrarle, en virtudes, igual al Arístides » de vuestra patria, el inmortal Belgrano; habéis de » encontrar que su genio militar casi igualó al ge» nio del gran capitán de la América, al genio de San » Martín; habéis de encontrar que en abnegación y » servicios para vosotros, está á la par de la gran » víctima que lleva el nombre de Lavalle» (1).

(1) Tomamos de las *Memorias del general Paz* la parte principal de este discurso.

«Sin la resistencia de Montevideo, Rozas reinaría todavía.

» Sin el general Paz, el triunfo de la resistencia de Montevi» deo sería imposible. Delante de la tumba, yo me honro al ha» cer esta declaración, me complazco en decir que el general » don José María Paz fundó é hizo posible todos los prodigios » de la Defensa de Montevideo.

» En los primeros días de febrero de 1843, entregaba yo al » general Paz, sobre las trincheras de la invencida ciudad, esa » bandera que, once años más tarde, mis manos han tenido el » triste honor de colocar sobre su tumba. La entregaba para » una de las reuniones de ciudadanos que el general Paz orga» nizaba en batallones. Pocos días después, el ejército de Rozas » estaba sobre nuestras trincheras, y esos batallones de ciuda» danos, dirigidos por el general Paz, eran luego soldados capa» ces de rivalizar con los viejos soldados del tirano... Tres me» ses no habían pasado desde el 16 de febrero, y ya el batallón » de Extramuros, á quien perteneció esa bandera, había fun» dado la reputación que lo inmortalizó. ¡Oh, que he tenido » razón cuando os he dicho que el general Paz en la Defensa » de Montevideo ha hecho lo imposible, ha realizado prodigios!

Con esa sencillez de estilo, bosquejaba Pacheco, en breves párrafos, la figura histórica de un grande hombre y condenaba la tiranía y el despotismo.

Á los cuatro meses de pronunciar esta oración fúnebre, agonizaba en el lecho del dolor, rodeado por la noble compañera de su vida, Matilde Stewart,—con quien había contraído enlace, después de la paz de Octubre,—y de un vástago de diecisiete años, hijo

» Parecía que entonces la vida del general Paz estaba llena, » que nada más podía hacer para ilustrarse, y, sin embargo, en » esos once años que preceden á su muerte, ¡cuánto no ha he» cho por la libertad de su patria, cuánto no ha hecho por la in» mortalidad!

» En esos once años, hay nuevo todo lo que constituye al hé» roe; todo, hasta la adversidad, la ingratitud y la injusticia.

» Desaparecida la tiranía que pesaba sobre nosotros, para » otros han sido las bendiciones que pertenecen al Libertador, » y la injusticia parece encontrarse aun en los decretos de la » Providencia, cuando vemos que en los campos de Caseros es » en las manos de un teniente de Rosas que caen los poderosos » elementos de que al fin dispone la causa de la libertad... » Antes, empero, de ofender á la Eterna Justicia, acatando sus » designios inescrutables, esperemos, esperemos, sí, el fallo de la » Historia. Ella, que se eleva sobre las pasiones y miserias de » circunstancias, ella ha de decir, no lo dudéis, señores, que es » el vencedor de Caaguazú, que es el defensor de Montevideo, » quien ha vencido la tiranía en vuestra patria, quien ha sal» vado la libertad y la civilización en la América del Sud.

» Y en lo que me toca, no extrañéis, señores, el que haya » osado presentarme después de las voces elocuentes que han » conmovido esa tumba. Como ciudadano, debo al general Paz » inmensa gratitud; como hombre lo he querido y admirado » con entusiasmo. En vida, cuando la hora de la adversidad » para el general Paz, he proclamado altamente su gloria por » donde quiera. En la tumba creo tener derecho de unir mi » voz á la de América, cuando me parece que la oigo decir:

» General Paz: ¡Ilustre campeón de la libertad!

» ¡Honor de la patria argentina!

» ¡Gloria del suelo de Colón!

» ¡Adiós!, para siempre adiós!»

de su primera esposa, llamada Manuela Tejera é hija del Departamento de Paysandú.

La agonía se prolongó durante algunos días, hasta que, después de mucho sufrir, expiró el 21 de mayo de 1855, á los cuarenta y seis años de edad y treinta de continuos servicios á la patria.

En la hora postrera, cuando ya tenía ahogada la voz en la garganta por los agudos estertores de la muerte, se enderezó para decir: «¡No es nada!» y caer con la serenidad de un gladiador vencido.

Al otro día, toda la prensa argentina aparecía enlutada, al dar la noticia de su muerte, y los diarios «La Crónica», «El Nacional» y «La Tribuna» dedicaban sentidos y elogiosos artículos necrológicos á aquel bizarro paladín de la Libertad, cuyo ánimo jamás se había abatido en los momentos sombríos del peligro.

Y, para que nada faltase al duelo que producía su fallecimiento, el Gobierno Federal le decretó los honores militares que corresponden al elevado rango de general.

El entierro, efectuado el día 23, no pudo ser más imponente.

Todo un pueblo acompañaba á la silenciosa mansión de los que fueron, el ataúd donde yacía el esforzado guerrero de la Defensa de Montevideo, y más de diez oradores hicieron uso de la palabra en el momento del sepelio, de los cuales recordamos solamente al ministro Calvo, quien pronunció un hermoso discurso en nombre del Poder Ejecutivo de la nación argentina, y á los señores Torcuato Alvear é Hilario Ascasubi, que hicieron resaltar los grandes

méritos del ilustre muerto, «que bajaba á la tumba pobre y honrado como había vivido» (1).

Su nombre empezaba á figurar desde ese día en el arco de triunfo de los inmortales.

---

(1) De Ascasubi.

CAPÍTULO X

SUMARIO.—Pacheco y Obes considerado como hombre de letras.

No sería completo este breve estudio sobre Melchor Pacheco, si no dedicáramos un capítulo especial á estudiar su personalidad literaria.

Ya en las páginas que anteceden, hemos dejado traslucir el amor que sentía por las bellas letras y la atención preferente que les dedicaba.

Espíritu esencialmente poético, nacido para sentir las sugestivas y harmoniosas palpitaciones de lo bello, vivía al corriente de los graves problemas estéticos que se debatían, durante su época, en París, esa Atenas de los tiempos modernos.

La escuela clásica y la naciente escuela romántica estaban en completa pugna, luchando ambas por apoderarse del cetro de la poesía universal. Al fin, los esfuerzos titánicos de Hugo dan la victoria al romanticismó, siendo la aparición de *Hernani*, algo así como la aurora de un nuevo siglo artístico que debía abrir más amplios y dilatados horizontes á la inteligencia y á la belleza.

El clasicismo, que había hecho decir á Larra, con

una injusticia y ligereza imperdonables, que era «la muerte del genio», sería en breve abandonado, abrigándose, casi todos los grandes escritores, bajo el pabellón literario que desplegaba por los campos del ingenio el coloso de «La leyenda de los siglos».

Los poetas y prosadores americanos no tardaron mucho tiempo en adoptar las teorías de ese grupo de innovadores que empezaban á convulsionar todos los centros intelectuales de la vieja Europa.

Un argentino, Esteban Echeverría, el talentoso y aplaudido autor de «La Cautiva», introdujo el nuevo arte en la literatura americana, contando, desde luego, con infinidad de discípulos de verdadero talento y refinado gusto estético.

Los jóvenes poetas del Uruguay, influenciados por sus colegas de allende el Plata que habían venido á Montevideo, huyendo de la tiranía de Rozas, ingresaron en la nueva escuela literaria que, nacida en Alemania, se había extendido con la rapidez del rayo por todos los países civilizados de la tierra.

La prensa diaria de la ciudad troyana, publicaba en sus columnas, al lado de composiciones de Mármol, Rivera Indarte y José María Cantilo, los ensayos poéticos de Magariños Cervantes, Juan Carlos Gómez, Melchor Pacheco y Obes, Fermín Ferreira y otros cultivadores de la gaya ciencia, en cuyas estrofas ora vibraba el sentimiento patrio, ora el amor.

Pacheco y Obes era el representante más típico.

Se necesitaba tener verdadera vocación por el culto de las letras, para ocuparse de ellas en los brevísimos momentos que le dejaban libres las infinitas ocupaciones de Ministro de la Guerra de la Defensa,

razón por la que muchos de sus trabajos de mayor aliento han sido escritos en los momentos más gloriosos y difíciles de su vida, cuando, á semejanza del manco de Lepanto, manejaba tan pronto la pluma como empuñaba la espada.

Es que Pacheco, como el gran lírico de la antigüedad, sentía que el fuego de la poesía le abrasaba el alma.

Era, en efecto, un verdadero poeta. Todas sus producciones tienen un sello especial, característico, único, que evidencia hasta cierto punto la aseveración de Buffon, de que «el estilo es el hombre».

Sus versos, siempre inspirados y llenos de novedad, corren impresos por ahí en diarios, revistas y antologías, habiendo sido algunos de ellos vertidos al idioma francés.

Cultivó casi todos los géneros, empezando por la oda y la elegía, hasta concluir por el picaresco epigrama ó el delicioso madrigal.

Muchas veces se rebeló contra el molde estrecho de los preceptistas de retórica, que sólo tratan de seguir al pie de la letra los rimadores de oficio.

No escribió mucho, porque él sabía que los frutos de la inteligencia no se valoran por la cantidad.

Por esto, quizá sea su principal producción poética el siguiente notable canto á las ruinas del Cementerio de Alegrete:

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE

(EN LA NOCHE)

Los que en las dichas de la vida ufanos
Corréis jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos;

Los que de risas y venturas llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzáis por esta rápida corriente,
Que en barca de dolor surcan los buenos;

Los que libáis en la nectárea copa
De los placeres sus delicias, suaves
Como los trinos de doradas aves,
Como los besos de una linda boca,

Volved la espalda á la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupción vestida;
Venid á este salón, á que os convida
La muerte, ornada de su eterna gala.

Venid á este salón, á cuya puerta
Mal grado tocaréis en algún día;
Aquí de los vapores de la orgía
Vuestra alma libre se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada
Á que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Y es útil levantar esas cortinas,
Que la heredad envuelven más preciosa,
Y del que planta solamente rosa,
Y del que coge solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que da el mundo,
Á los que estamos en dolor profundo,
Á los que ensalza la voluble rueda!

¡Oh! no tardéis los favoritos de ella!
Lujo hay también en el palacio helado:
Cada astro le es un artesón plateado,
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.
....

Lodo y no más, dichosos de la tierra
Seremos y seréis. ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo
Á los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada
Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos
Que gloria, pena, dicha, todo es nada!

Sí, que en este lugar se os ve, temblando,
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo el viejo ruedo
Con mano desperada asegurando.

Quisierais detenerle en su carrera,
Que os arrastra tranquila y majestuosa,
Y al batir de su pie se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de regia pompa precedido
Llega á esa puerta el ataúd fastuoso,
Es que el mundo, que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se alza altanero un monumento,
Para albergar vuestro despojo helado,
De la humanal prudencia es un legado
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
Á la fúlgida luz de mil hachones,
Es remedar sin fe las oraciones,
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudáis? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Creso que encubre aquella losa,
Al bravo que allí duerme con su acero.

¿Adónde está el poder, dónde la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada?
¿Dó la opulencia que brilló envidiada?
¿Adónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó, cual humo disipado;
¡Todo pasó! pero quedó el olvido...
¿Y en la tumba infeliz del que ha sufrido
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso,
Y en medio del festín y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormeceos en sitial dorado,
De la lisonja al embriagante acento:
Caigan virtud y honor para el contento
De quien en noble cetro está apoyado.

Hollad al débil, si piedad os pide,
Y al misero que gime en vuestra sala,
No le deis ni aun las sobras de la gala
Que donde quiera vuestra planta mide!

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo, esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando,
Poblad la tierra de orfandad y muerte;

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me río,
Y en la justicia del Señor confío,
Que sólo el que la ofende es desgraciado!

Ha dejado además infinidad de composiciones amorosas, patrióticas y familiares, en todas las cuales se traslucen sus altas dotes intelectuales.

Su estilo es elevado, majestuoso, á veces sublime. Comparaciones hermosas, imágenes bellísimas y metáforas deslumbradoras aparecen en todos sus versos, cual si fuera uno de aquellos maestros de la estética griega, con los que suele tener á veces una semejanza sorprendente.

Para que el lector pueda apreciar mejor la verdad de nuestras afirmaciones, transcribimos en seguida algunas estrofas de una composición no muy conocida é intitulada «Oriental».

Y dijo un día el fabuloso Oriente:
—Yo tengo aromas que mi Arabia da,
Y las forman las hadas con sus risas,
Cuando al Edén descienden en solas.

Tengo también entre mi mar extenso,
Vestido de carmín, rico coral,
Sangre pura que suele á mis sirenas
La punta de las rocas arrancar.

—Para dar á tus joyas más valía
Maravillas me vienes á contar?
Para hacer que te admires de mi joya
Ahí la tienes en toda su verdad...

De tus hadas la vara misteriosa,
Sus dorados palacios de marfil...
La verdad que escondida en mirra y flores
Amorosas ofrecen tus huris.

Tus sirenas de cantos melodiosos,
Con diademas de perlas y rubí;
Y tus ninfas que arrastra en carros de oro,
Sobre mares asules, el delfín...

¡Oh! que vengan en todos sus encantos
Á contemplarla en su beldad gentil,
Y perderás Oriente fabuloso
Las ilusiones que adorar te vi!

Y no vaya á creerse que Melchor Pacheco producía únicamente la belleza, cuando rendía culto al arte divino de nuestro padre Homero.

No.

Pacheco fué también el poeta de la palabra, el orador de frase ciceroniana y ardiente alma de Tirteo.

En la tribuna era un coloso. De pequeña estatura, se erguía, se agigantaba, y su elocuencia avasalladora transmitía, en un arranque majestuoso, todo el fuego de su espíritu al espíritu subyugado de sus oyentes.

Poseía, unido en estrecha y verdadera conjunción, algo de águila y algo de alondra: del águila la fuerza irresistible; de la alondra la harmonía deleitadora del gorjeo.

De los oradores que ha tenido América en la primera mitad del siglo XIX, Melchor Pacheco y Obes ocupa el primer sitio de la derecha de aquel príncipe de la palabra que llevó el nombre de Héctor Florencio Varela.

Y lo raro del caso es que ambos obtuvieron sus más gloriosos triunfos en un continente extranjero y hablando un idioma también extranjero.

El uno hizo oir en Ginebra el más cumplido elogio que se haya tributado jamás á los hijos del mundo de Colón; el otro hizo en París la más calurosa defensa de los intereses de un pueblo democrático y republicano que luchaba, con heroísmo ejemplar, contra el oprobioso tirano de Buenos Aires, — venciendo en un juri, para siempre memorable, á uno de los principales abogados franceses, siendo aclamado con entusiasmo delirante por el pueblo parisién, que no so-

ñaba, de seguro, ver reunido en un General uruguayo tanto talento, tanto arte y tanta caballerosidad.

Hasta en la apasionada polémica guardaba siempre su galano lenguaje artístico, asemejándose por esto á Juan Carlos Gómez y Ángel Floro Costa, los dos grandes polemistas del Río de la Plata.

Pacheco y Obes era, en rigor de lógica, todo un hombre de letras, una de esas inteligencias privilegiadas que tienen el dón de la superioridad.

CAPITULO XI

SUMARIO.—Melchor Pacheco y la posteridad.

Juzgar á un hombre que ha merecido pasar á la posteridad, no es cosa tan baladí como pudiera suponerse.

Vemos con frecuencia que las más grandes personalidades del pasado, son juzgadas distintamente por los escritores contemporáneos, unos, cantándoles el himno triunfal de los elegidos y, otros, arrojando á sus memorias los más tremendos anatemas.

Y esta diversidad de criterio es ocasionada, muchas veces, por no haberse remontado al medio en que actuaron sus biografiados.

Por eso es menester olvidarse del *yo*, de las ideas que bullen en el cerebro del que escribe, y echarse á buscar la causa explicadora de las acciones humanas en el ambiente en que ellas se produjeron.

Así, podrá haber dos criterios históricos distintos acerca de César, Napoleón ó Kosciusko, pero nunca dos pensamientos tan opuestos entre sí, que uno vea en César á uno de los genios de la antigüedad, y el otro, á un sér degradado, sin merecimiento alguno que lo acredite ante el tribunal de la justicia humana.

Á pesar de lo que dice Montaigne, parodiando quizás á Cicerón, de que los políticos son siempre bien atacados y rara vez bien defendidos, con Pacheco y Obes sucede, á nuestro parecer, todo lo contrario.

Ni ha sido bien atacado, ni menos aún mal defendido.

Sus detractores fueron los hombres de su época, que no empleaban otras armas que las que les brindaba la oportunidad; su defensor fué él mismo.

Nosotros, que le juzgamos á los cuarenta y cinco años después de su muerte, no podemos admitir los ataques en general, ni aceptar la defensa en particular.

Pacheco es, ante todo, un hombre infinitamente superior á casi todos los que actuaron en el escenario en que él actuó. Por esta circunstancia, no debe admirarnos que sea el blanco de tantos ataques y el tema de tantas disputas.

Tuvo pasiones y cometió errores, pero esto no impide que la posteridad le reconozca sus méritos, así como le censura sus equívocos y yerros.

Si fué desterrado durante la Defensa, ello no significa una mancha para su memoria, puesto que conocemos las causas que motivaron la resolución del Gobierno, mucho menos comprometedoras, por cierto, que las aducidas para los destierros de Rivera y Flores.

Época de funestas rivalidades, un hombre superior en patriotismo y honradez era mirado con envidia insana.

Llegado al poder, dice un conocido publicista francés, fué su primer medida introducir la probidad en la administración; establecer en principios los dere-

chos de la nación á los sacrificios de cada ciudadano; destruir, en fin, la condición ya arraigada en Montevideo de las influencias personales y sustituirlas por las imparciales de las leyes.

Y en la altura era un cóndor; jamás se mareaba.

Si alguna vez fué severo para castigar á los traidores, era en cambio humano y pródigo para con el vencido.

En su entusiasta corazón jamás se albergó el odio, y ya sabemos cómo se arrepentía, cuando infería sin motivo alguna ofensa.

Diplomático, orador, poeta y militar, su personalidad podría estudiarse bajo distintas fases, y para ello sería menester escribir muchos tomos en folio. Varón de honor y de vergüenza, no toleraba la más mínima ofensa, como lo prueban el lance caballeresco con Guerra, el incidente ruidoso con Viaña, en Río Janeiro, que le costó unos meses de cárcel, y el que hubo de tener con un ministro de Luis Bonaparte.

Como todos los hombres de su talla, tuvo grandes ambiciones, pero él las supo contener dentro de su pecho, llegando hasta rehusar la aceptación del generalato con que lo honró la Asamblea de Notables de 1846.

Si no llegó hasta la meta de sus aspiraciones, fué quizá por la política que comenzó á propagar desde París en noviembre de 1851.

Nadie era sincero ni menos idealista en aquellos tiempos, en que el maquiavelismo era la escuela que imperaba entre los políticos uruguayos.

Sus errores fueron fruto de su propio temperamento.

Para nuestra manera de pensar, el que más empaña

su vida histórica, no es por cierto el de las disidencias con Paz, ni la falta de cortesía diplomática para con el doctor Manuel Herrera y Obes, sino el ostracismo voluntario que se impuso cuando vió que sus ideas no triunfaban, por el avance de las llamadas candomberas y floristas.

Esta actitud demostró que, si bien tenía talento, no reunía las condiciones necesarias para ser jefe de partido, pues éstos deben sucumbir mártires de una idea y no refugiarse en tierra extraña, abandonando al acaso una causa de cuyo triunfo pueden depender las instituciones liberales ó las libertades de la patria.

No obstante esto, nosotros, que pensamos como Pascal, que así como agrada la moda debe agradarnos la justicia, vemos en Pacheco el tipo más perfecto de ciudadano patriota y el militar más instruído de nuestro heroico pasado.



ÍNDICE

ÍNDICE

Págs.

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

